

# LA LECTURA PARA TODOS.

SEMANARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

PRECIOS : EN MADRID.

LLEVADO A DOMICILIO.

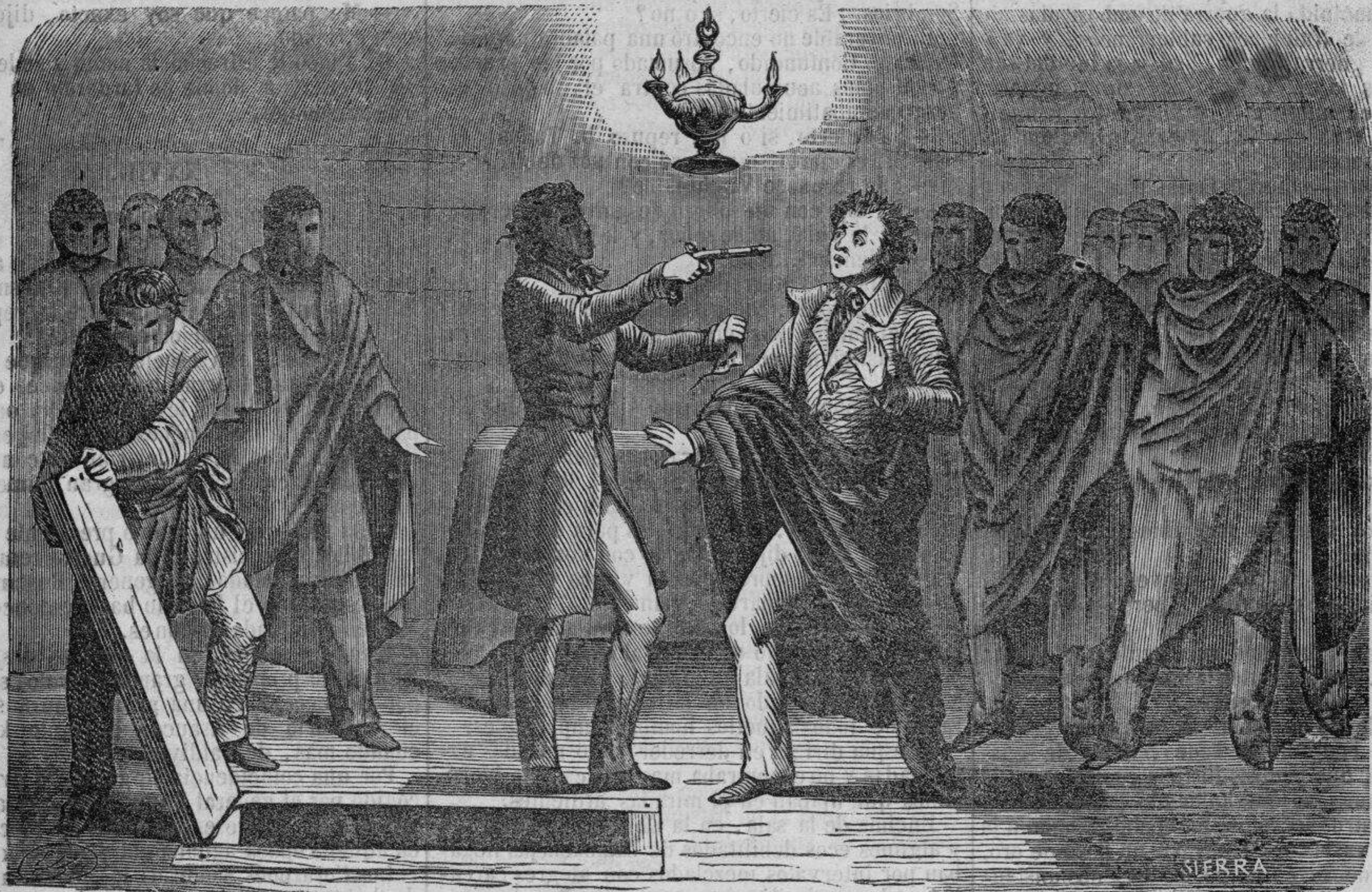
Seis meses . . . . . 45  
Un año . . . . . 28

Se suscribe en Madrid en la administracion, libreria extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Bailliere, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Principe, núm. 11.  
En Provincias en todas las librerias y administraciones de Correos.

PRECIOS : EN PROVINCIAS,

FRANCO DE PORTE.

Seis meses . . . . . 21  
Un año . . . . . 38



D. Tadeo, sin escucharle, le asestó el cañon de su pistola, disparo..... (Pág. 450, columna 2.ª)

## EL REY DE LAS TINIEBLAS.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

Por M. GUSTAVE AIMARD,

TRADUCCION

DE D. J. F. SAENZ DE URRACA.

(Continuacion.—Véase el n.º 28).

XXVII.

JUSTICIA DE LOS CORAZONES SOMBRÍOS.

que sin duda esperaban, dirigieron una mirada atenta en torno suyo, con el fin de reconocer el terreno.

El sitio en que se hallaban estaba bien escogido para una reunion de conspiradores.

Era una sala inmensa, abovedada, que debia haber servido durante mucho tiempo de bodega, cosa que era fácil adivinar por las emanaciones esencialmente alcohólicas que aun revoloteaban en el aire.

Las paredes eran bajas y gruesas, estaban secas y tenian un color rojizo; una lámpara de tres mecheros, que colgaba de la bóveda, lejos de disipar las tinieblas, parecia que servia, en cierto modo, para hacerlas mas visibles.

En un hueco habia una mesa, detrás de la cual se hallaba sentado un hombre enmascarado al lado de dos sillones vacios.

En la oscuridad se veian deslizarse, silenciosos como fantasmas, muchos hombres embozados en sus capas, y llevando todos cubierto el rostro con el antifaz de terciopelo negro.

D. Tadeo y su amigo cambiaron una mirada, y sin pronunciar una palabra fueron á sentarse en los sillones vacios.

Tan luego como se hubieron sentado, se verificó gran movimiento en la reunion.

El débil cuchicheo que hasta entonces se habia percibido, cesó como por encanto.

Todos los conjurados se reunieron en un solo grupo en frente de la mesa, y cruzando los brazos sobre el pecho, aguardaron.

El hombre que, antes de la llegada de D. Tadeo, parecia que presidia la reunion, se levantó, y paseando una mirada enérgica por la atenta multitud, tomó la palabra diciendo:

—Hoy se hallan completas las setenta y dos ventas de los Corazones Sombríos diseminadas por todo el territorio de la República. En todas se decide que se tomen las armas, para lo cual, nosotros, que formamos la venta de Valdivia, vamos á dar la señal. En todas partes, los hombres leales, los amigos verdaderos de la libertad, se disponen á comenzar la lucha contra Busamante; vosotros todos, compañeros, que os hallais presentes, cuando suene la hora. ¿bajaréis decididamente á la lid? sacrificaréis sin vacilar vuestras familias, vuestras fortunas y aun vuestras vidas, si es necesario, por la salvacion de la patria?

Calló.

Un silencio fúnebre reinó en la reunión.

—¡Contestad! repuso el orador; ¿qué haréis?  
—¡Moriremos! contestó como un eco siniestro y terrible la multitud de los conjurados.

—¡Bien, hermanos míos! dijo D. Tadeo levantándose de improviso; aguardaba esa palabra, y por ella os doy gracias. Hace ya mucho tiempo que sé que puedo contar con vosotros, porque a todos os conozco yo, á quien ninguno de vosotros conoce. Esos antifaces que os ocultan los unos á los otros, son transparentes gasas para el jefe de los Corazones Sombrios, ¡y el Rey de las Tinieblas soy yo!..... ¡Yo, que he jurado hacerlos vivir libres ó perecer en la demanda! Antes de veinticuatro horas oiréis esa señal que estais aguardando hace tanto tiempo, y entonces comenzará esa lucha terrible que solo ha de concluir con la muerte del traidor; todas las provincias, todas las ciudades, todos los pueblos se alzarán en masa en un mismo instante. Animo, pues, que ya no teneis que sufrir sino algunas horas. Ha concluido la guerra de emboscadas, de sorpresas y de traiciones subterráneas, y va á comenzar la guerra franca, leal, á la luz del sol. Mostrémonos tales como hemos sido siempre, inalterables en nuestra fé y dispuestos á morir por nuestras creencias..... Que se acerquen los jefes de las secciones.

Diez hombres salieron de las filas y fueron á colocarse silenciosamente á dos pasos de la mesa.

Que el cabo de los jefes de seccion conteste por todos, repuso D. Tadeo.

—El cabo soy yo, dijo uno de los hombres enmascarados. Las órdenes espedidas desde la *Quinta Verde* han sido ejecutadas. Todas las secciones se hallan avisadas y están dispuestas á levantarse á la primera señal. Cada cual se apoderará del puesto que se le designe.

—Bien. ¿De cuántos hombres disponeis?

—De 7,377.

—¿Podeis contar con todos?

—No.

—¿Cuántos hombres hay tibios ó irresolutos?

—Cuatro mil.

—¿Cuántos hay fuertes y convencidos?

—Tres mil, próximamente; pero de estos respondo.

—Está bien. Tenemos mas gente que la que necesitamos. Los valientes arrastrarán á los demás. Volved á vuestros sitios.

Los jefes de las secciones se retiraron.

—Ahora, continuó D. Tadeo, antes de separarnos tengo que pedir justicia contra uno de nuestros hermanos, que habiendo penetrado en demasía nuestros secretos, ha hecho traicion á la Sociedad en varias ocasiones por un poco de oro. Tengo las pruebas en mi poder. Las circunstancias son supremas. Una palabra, solo una, puede perdernos. ¿Qué castigo merece ese hombre?

—La muerte, contestaron friamente los conjurados.

—A ese hombre le conozco, repuso D. Tadeo, que salga de las filas y no me obligue á arrebatárle la máscara, y á arrojarle su nombre al rostro.

Nadie se movió.

—Ese hombre está aquí. Le veo. ¡Por segunda y última vez que venga y no ponga el colmo á su cobardía, procurando evitar el castigo que merece!

Los conjurados se dirigian unos á otros miradas sospechosas. Una ansiedad estremada reinaba en la reunión. Sin embargo, aquel á quien el Rey de las Tinieblas llamaba, se obstinaba en permanecer confundido entre la multitud de sus compañeros.

D. Tadeo aguardó un instante.

Al fin, viendo que aquel á quien interpelaba se figuraba que bajo la máscara seria desconocido é inhallable, hizo una seña:

D. Gregorio se adelantó lentamente hácia el grupo de los conspiradores, que se abrió al acercarse él, y puso pausadamente la mano sobre el hombro de un hombre que instintivamente habia retrocedido paso á paso delante de él, hasta que al fin la pared le obligó á detenerse.

—Venga V., D. Pedro, le dijo.

Y le arrastró mas bien que le condujo, delante de la mesa, detrás de la cual estaba D. Tadeo sereno é implacable. El miserable se sintió sobrecojido por un temblor convulsivo; sus dientes castañetearon, y cayó de rodillas gritando con terror:

—¡Perdon, señor, perdon!

D. Gregorio le arrancó la careta y se vió la cara del espia, cuyas facciones, horriblemente contraídas por el espanto y cubiertas de una palidez sombría, estaban hediondas.

—D. Pedro, le dijo D. Tadeo con voz incisiva, en varias ocasiones ha procurado V. vender á nuestros hermanos; V. fué quien causó la muerte de los diez patriotas fusilados en la plaza de Santiago; V. fué quien vendió á los soldados de Bustamante el secreto de la *Quinta Verde*. Hoy mismo, hace escasamente dos horas, ha tenido V. con el general una conversacion prolongada, en la cual se ha comprometido V. á entregarle mañana los jefes principales de los Corazones Sombrios. ¿Es cierto, sí ó no?

El miserable no encontró una palabra para defenderse. Confundido, abrumado por las pruebas irrecusables acumuladas contra él, bajó la cabeza con abatimiento.

—¿Es cierto, sí ó no? repuso D. Tadeo.

—Sí, es cierto, murmuró con voz débil.

—¿Se reconoce V. culpable?

—Sí, dijo con un sollozo desgarrador. Pero déjeme V. la vida, noble señor, y le juro.....

—¡Silencio!.....

El espia cayó aterrado.

—Habeis oido, compañeros. Este hombre confiesa él mismo sus crímenes. Por última vez, ¿qué castigo merece por haber vendido á sus hermanos?

—¡La muerte! contestaron sin vacilar los Corazones Sombrios.

—En nombre de los Corazones Sombrios, cuyo rey soy, á V., D. Pedro Saldillo, le condeno á muerte por traicion y felonía para con sus hermanos. ¡Tiene V. cinco minutos para encomendar su alma á Dios! dijo D. Tadeo con voz dura.

Puso su reloj sobre la mesa y sacó de su cinto una pistola que amartilló friamente.

El ruido seco de los muelles del gatillo causó un estremecimiento de terror al reo.

Reinaba en la sala un silencio supremo.

Se hubiera podido oír latir en su pecho el corazón de todos aquellos hombres implacables.

El espia dirigia en derredor suyo miradas estraviadas y no encontraba mas que caretas impasibles que fijaban en él miradas ardientes.

Encima de la sala, en la Chingana, bailaban; y algunos ecos debilitados de sambaenejas llegaban por intervalos mezclados con alegres carcajadas, hasta el sitio en que aquellos hombres se hallaban reunidos.

El contraste de aquella alegría delirante con aquella justicia terrible, tenia cierto aspecto espantoso.

—Han trascurrido los cinco minutos, dijo don Tadeo con voz firme.

—¡Todavía algunos instantes! Sois implacables, murmuró retorciéndose las manos con desesperacion. No estoy preparado..... No puede V. matarme así..... En nombre de lo mas querido que tenga, déjeme V.....

D. Tadeo, sin escucharle, le asestó el cañon de su pistola, disparó y el miserable rodó con el cráneo horriblemente destrozado.

—¡Oh! exclamó al caer, ¡malditos seas, asesinos!

Y espiró.

Los conjurados habian permanecido frios é impasibles.

Tan luego como el espia hubo muerto, á una señal de su jefe varios hombres abrieron una trampa que habia en el suelo.

Bajo la trampa habia un agujero lleno hasta la mitad de cal viva.

Echaron dentro el cadáver y volvieron á cerrar la trampa.

—Se ha hecho justicia, hermanos míos, dijo D. Tadeo con voz breve. ¡Id en paz! El Rey de las Tinieblas vela por vosotros.

Los conjurados se inclinaron respetuosamente, y desaparecieron unos en pos de otros, sin pronunciar una palabra.

Al cabo de diez minutos la sala estuvo vacía. Solo quedaban dos personajes, D. Tadeo y don Gregorio.

—¡Oh! dijo D. Tadeo, ¿habrémos, pues, de tropezar de continuo con traidores?

—Valor, amigo mio; V. mismo lo ha dicho dentro de algunas horas comenzará la guerra á la luz del sol.

—Dios quiera que no me haya equivocado. Esta lucha de las tinieblas tiene exigencias espantosas. ¡Siento que me faltan las fuerzas!

Los dos conspiradores volvieron á la *Chingana*, en la cual seguian riendo y bailando. La atravesaron con lento paso, y salieron á la calle.

Apenas habian andado algunos pasos cuando se presentó á ellos un hombre.

Era Valentin Guillois.

—¡Loado sea Dios, que le trae tan oportunamente! exclamó D. Tadeo.

—Me parece que soy exacto, dijo el parisiense riendo.

D. Tadeo le estrechó la mano y se le llevó hácia su casa, á donde no tardaron en llegar los tres personajes.

## XXVIII.

### EL TRATADO DE PAZ.

El general Bustamante habia ido á Valdivia bajo el pretexto de renovar por sí mismo los tratados de paz, que existian entre la república de Chile y la Confederacion araucana.

Este pretexto era excelente, porque le permitia concentrar fuerzas considerables en aquella provincia, y además le daba una razon plausible para recibir á los Ulmenes mas influyentes entre los indios, quienes no dejarian de concurrir á la ceremonia acompañados de gran número de moquetones.

Cada vez que un nuevo presidente es elegido en Chile, el ministro de la Guerra renueva en su nombre los tratados. El general Bustamante habia descuidado el hacerlo hasta entonces, y para ello tenia fundadas razones.

Esta ceremonia, en la cual se despliega, con deliberado propósito, grande aparato, se verifica por lo general, en una gran llanura situada en el territorio de Arauco, á veinte kilómetros cuando mas, de Valdivia.

Por una coincidencia singular, el pretexto escogido por el general Bustamante servia perfectamente á los intereses de todas las facciones que en aquella época agitaban al desgraciado país.

Los Corazones Sombrios lo habian aprovechado hábilmente para preparar la resistencia que meditaban. Antinabuel, fingiendo que queria tributar al ministro de la Guerra de la república chilena los mayores honores, habia aglomerado en las inmediaciones del sitio elegido para la solemnidad, un verdadero ejército de guerreros escogidos.

Hé aquí el estado en que se hallaban las cosas y cual era la posicion de los diferentes partidos respecto unos de otros, en el momento en que volvemos á tomar la narracion, es decir, al día siguiente de aquel en que habian ocurrido los hechos que hemos referido en el capítulo anterior.

—Así, pues, los enemigos iban á encontrarse frente á frente. Era indudable que cada uno de ellos, habiéndose preparado con mucha antelacion, procuraria aprovechar la oportunidad, y por lo tanto, era inminente un choque. Pero ¿cómo se verificaria? ¿Quién prenderia fuego á la mina y haria estallar la cólera y las ambiciones por tanto tiempo contenidas? Esto era lo que nadie sabia.

La llanura en que iba á tener lugar la ceremonia era estensa. Se hallaba cubierta de crecidas yerba y rodeada de montañas guarnecidas de bosques de árboles corpulentos.

Aquella llanura sembrada de bosques de manzanos cargados de fruta se hallaba dividida en pedregales por un rio caprichoso que paseaba lenta-

mente por ella sus aguas plateadas, en las cuales se balanceaban numerosas bandadas de cisnes de cabeza negra. En varios puntos, en los claros de los jarales y matorrales, se veía asomar el hocico puntiagudo de una vicuña, que con las orejas tiesas y los ojos espantados, parecía que olfateaba el aire, y de pronto desaparecía á lo lejos saltando.

El sol se levantaba majestuosamente en el horizonte, cuando un ruido cadencioso de campanillas resonó en un bosque de manzanos; y una recua de unas diez mulas, guiadas por la yegua madrina y conducida por un arriero, desembocó en la llanura.

Aquellas mulas llevaban varios objetos de campamento, viveres y algunos fardos de ropa.

A unos veinte pasos a retaguardia de las mulas iba un grupo bastante numeroso de ginetes. Cuando hubieron llegado á la orilla del río que hemos mencionado, el arriero detuvo sus mulas y los ginetes echaron pié á tierra.

En un instante fueron descargados los fardos y colocados cuidadosamente de modo que formasen un círculo, en medio del cual encendieron una hoguera.

Luego, en el centro de aquel campamento improvisado, levantaron una tienda de campaña de tela, y pusieron trabas á los caballos y mulas.

Estos ginetes, á quienes sin duda habrán conocido ya nuestros lectores, eran D. Tadeo y su amigo, los franceses, los Ulmenes indios, doña Rosario y tres criados.

Por una coincidencia singular, al mismo tiempo que alzaban su campamento, en la orilla opuesta del río, precisamente en frente de ellos, otra caravana próximamente tan numerosa establecía el suyo. Esta tenía por jefe á doña María.

Como sucede casi siempre, la casualidad había provocado esta vez también la reunión de enemigos irreconciliables que solo se hallaban separados unos de otros por una distancia de quince metros, cuando mas.

¿Pero era efectivamente la casualidad?

D. Tadeo no sospechaba que tenía aquel vecindario peligroso. A no ser así es muy probable que hubiese puesto en juego todos los medios imaginables para huir de él.

Había dirigido una mirada distraída á la caravana que se había establecido en frente de él, y no volvió á ocuparse en observarla, porque se hallaba absorto en pensamientos de un orden mucho mas importante.

Doña María, por el contrario, sabía perfectamente lo que hacía, y con deliberado intento era como se había situado allí.

Sin embargo, á medida que avanzaba la mañana, el número de los viajeros crecía en la llanura, que hacía las nueve del día se encontró completamente cubierta de tiendas.

Solo se había reservado un espacio libre en las inmediaciones de una capilla antigua, medio arruinada, en la cual había de celebrarse la misa antes de comenzar la ceremonia.

Los puelches, que habían bajado en número considerable de sus montañas, habían pasado la noche haciendo numerosas libaciones en torno de las hogueras de su campamento, y muchos de ellos dormían en un estado completo de embriaguez. Sin embargo, tan luego como se anunció la llegada del ministro de la república chilena, todos se levantaron tumultuosamente y comenzaron á bailar, lanzando gritos de júbilo.

Por un lado llegaban al trote largo el general Bustamante rodeado de un estado mayor brillante, cubierto de oro, y seguido de un cuerpo numeroso de lanceros, mientras que por el opuesto se acercaban al galope los cuatro Toquis araucanos seguidos de los Ulmenes principales de su nación y de un gran número de mosetones.

Las dos tropas acudían al encuentro una de otra en medio de los vivas y de los gritos de contento de la multitud, y levantaban espesas nubes de polvo en medio de las cuales desaparecían.

Los araucanos, sobre todo, que son excelentes ginetes, se entregaban á mil ejercicios ecuestres de que solo pueden dar una idea lejana las fantasías árabes de que tanto se ha hablado, porque

son muy inocentes en comparación de las increíbles pruebas de destreza que ejecutan aquellos hombres que no parece sino que han nacido para manejar un caballo.

Los chilenos tenían un aspecto mas grave, del cual habrían prescindido gustosos si no les hubiese contenido el respeto humano.

Tan luego como ambas tropas se encontraron frente á frente, los jefes echaron pié á tierra, y se colocaron los Ulmenes armados con sus grandes bastones de puño de plata, detrás de Antinahuel y los otros tres Toquis, y los chilenos detrás del general Bustamante.

Era la primera vez que el *Tigre Sol* y el general se hallaban frente á frente. Por eso estos dos hombres, que eran tan buenos políticos, astutos y ambiciosos uno como otro, y que desde la primera ojeada se habían adivinado mutuamente, se contemplaron con estremada atención. Después de haber cambiado algunos saludos, en los que se reflejaba una cordialidad bastante sospechosa, las dos tropas retrocedieron cada una algunos pasos para franquear el paso al comisario general y á los cuatro *capitanes de amigos*.

Estos oficiales son los que en los Estados-Unidos llaman *Indianis-agents*, y sirven de intérpretes y agentes á los araucanos para el comercio y para cuanto concierne á sus negocios con los chilenos.

Hay que tener en cuenta que los indios hablan bien el español, pero nunca quieren servirse de él en las reuniones oficiales. Los capitanes de amigos, que en su mayor parte son mestizos, son muy queridos y respetados. Estos llegaban conduciendo una veintena de mulas cargadas con regalos que el presidente de la república destinaba á los principales Ulmenes; porque es digno de notarse que cuando los indios tratan con los cristianos nada reconocen valido mientras no han recibido regalos. Para ellos es una prueba de que no se quiere engañarlos; son arras que exigen para asegurarles el trato y probarles que se obra de buena fé.

Los chilenos, que por desgracia suya hace mucho tiempo que están acostumbrados á los hábitos araucanos, tienen el mayor cuidado de no olvidar aquella condicion importante.

Mientras el comisario general distribuía los regalos, el general Bustamante se trasladó con su estado mayor á la capilla, donde un sacerdote que había ido espresamente de Valdivia, celebró la misa.

Después de la misa comenzaron los discursos, tan luego como el ministro de la república y los cuatro Toquis de los Utal-Mapus se hubieron dado el ósculo de paz.

Estos discursos, que duraron mucho tiempo, se reducían por ambas partes á asegurarse que estaban satisfechos de la paz que reinaba entre ambos pueblos, y que harían todo lo que fuese necesario para mantenerla el mayor tiempo posible.

Debemos hacer observar en favor de ambos interlocutores que no eran mas sinceros uno que otro, y que no pensaban ni una sola palabra de lo que decían, puesto que mentalmente abrigaban la intención de hacerse traición lo mas pronto posible.

Sin embargo, pareció que quedaban muy satisfechos de la comedia que representaban, y la terminaron dándose un abrazo postrero mas fuerte y vehemente que el anterior, pero igualmente falso.

—¡Ahora! dijo el general, si mis hermanos los grandes fejes consienten en seguirme hasta la capilla, plantaremos la cruz.

—No, contestó Antinahuel con melosa sonrisa, la cruz no debe plantarse delante del toldo.

—¿Por qué? preguntó el general con sorpresa.

—Por que preciso que las palabras que hemos pronunciado, replicó el indio con tono de convicción, queden enterradas en el sitio en que se han dicho.

—¡Es muy justo! dijo el general bajando la cabeza en señal de asentimiento. Se hará como desea mi hermano.

Antinahuel se sonrió con orgullo.

—¿He hablado bien, hombres poderosos? dijo mirando á los Ulmenes que le rodeaban.

—Nuestro padre, el Toqui del Inapire-Mapus, ha hablado bien, contestaron los Ulmenes.

Entonces fueron dos peones indios á buscar á la capilla, en cuyo pavimento estaba tendida, una cruz grande que tenía lo menos treinta piés de longitud, y la llevaron al sitio en que se habían celebrado las conferencias.

Todos los jefes y los oficiales chilenos se colocaron en torno de ella. Las tropas formaron un círculo estenso á una distancia respetuosa.

Después de una pausa de un instante, que aprovechó el sacerdote para bendecir la cruz en un abrir y cerrar de ojos, con esa viveza y desenvoltura que distingue al clero de América, fué clavada en el suelo.

En el momento en que se iba á cubrir de tierra su base, Antinahuel se interpuso.

—¡Deténganse! dijo á los indios armados de azadones, y volviéndose hácia el general, le preguntó:—La paz está bien asegurada entre nosotros, ¿no es cierto?

—Sí, contestó el general.

—¿Todas nuestras palabras quedan enterradas bajo esta cruz?

—¡Todas!

—Pues entonces cúbrala de tierra, dijo el Toqui con voz de mando, para evitar que se escapen y es alle la guerra entre nosotros.

Luego, cuando la ceremonia quedó concluida, Antinahuel hizo que le llevasen un corderillo que el machí degolló junto á la cruz.

Los jefes indios empaparon sus manos en la sangre, caliente todavía, del animal palpitante, y llenaron la cruz de signos geroglíficos destinados á alejar á Guecubu, el genio malo, y á evitar que las palabras saliesen del sitio en que se hallaban enterradas. Por último, araucanos y chilenos dispararon al aire sus armas de fuego, y quedó terminada la ceremonia.

Entonces se acercó el general Bustamante al Toqui del Inapire-Mapus, diciéndole con voz afectuosa:

—¿No quiere mi hermano Antinahuel venir un instante á mi tienda, á probar un vaso de aguardiente de *pisco* y á tomar el *mate*? Haría muy feliz con ello á un amigo.

—¿Por qué no lo he de hacer? contestó el jefe sonriendo con tono bondadoso.

—Que me acompañe mi hermano.

—Vamos allá.

Y ambos se alejaron conversando de cosas indiferentes, y dirigiéndose hácia la tienda del general que se había levantado á un tiro de fusil del sitio en que acababa de verificarse la ceremonia.

El general tenía dadas sus órdenes de antemano, así es que todo estaba dispuesto para recibir magníficamente al huésped á quien acompañaba, y al que creía tener tan grande interés en agradecer para el buen éxito de sus proyectos.

## XXIX.

## EL RAPTO.

Mientras se verificaba entre los araucanos y chilenos la ceremonia que acabamos de describir, ocurría cerca de allí un acontecimiento terrible, en las orillas del río, en el campamento de D. Tadeo de Leon.

Los tres partidos que se disputaban el Chile y pretendían mandar en aquella nación, como de comun acuerdo habían escogido el día de la renovación de los tratados para quitarse la máscara y dar á sus afiliados la señal de la rebelión.

D. Tadeo, Rey de las Tinieblas, que todo lo temía de doña María y de los espías del general, había consentido muy á su pesar, en que doña Rosario le acompañase á la llanura para asistir á la ceremonia. La hizo salir del convento de las Ursulinas y se la llevó consigo, alegrándose interiormente, por otra parte, de que no se encontrase en Valdivia durante los terribles sucesos que allí se preparaban.

Doña Rosario solo había consultado á su amor en la súplica que dirigió á su tutor; solo el deseo

de ver durante algunas horas, á hurtadillas, á aquel á quien amaba, habia guiado su conducta en aquella ocasion.

D. Tadeo, que de ningun modo hubiera podido asistir á la ceremonia, pues se veia obligado á ocultarse, llamó aparte á los dos franceses tan luego como se estableció el campamento.

Eran próximamente las siete de la mañana. La multitud comenzaba á llenar la llanura.

El Rey de las Tinieblas dirigió una mirada sospechosa á los alrededores; pero tranquilizado por la completa soledad que reinaba en torno suyo, se decidió al fin á esplicar á los jóvenes, sorprendidos de aquella maniobra estraña, todo lo que su conducta podia tener de singular y rara en la apariencia.

—¡Caballeros! dijo, desde que tengo la honra de conocer á VV., nada les he ocultado y saben todos mis secretos. Hoy ha de decidirse la cuestion de vida ó muerte á que he consagrado todas las fuerzas activas de mi alma desde que nací. Me marcho ahora mismo: regreso á Valdivia, pues en esta ciudad es donde se dará al tirano el primer golpe dentro de algunas horas. La lucha que va á empeñarse será terrible. No he querido esponer á ella á la jóven á quien ya conocen VV. y cuya vida salvaron, la confío á uno de VV. El otro me acompañará á la ciudad. Si me aconteciese alguna desgracia en ese combate, le entregaré un papel que participará á VV. dos cuáles son mis intenciones, y qué es lo que han de hacer con esa pobre niña, que es mi bien mas querido, y de la que solo me separo con un dolor inmenso. ¿Quién de VV., señores, consiente en encargarse durante el tiempo de mi ausencia de la custodia de doña Rosario?

—Marche V. tranquilo, D. Tadeo, vaya á donde su deber le llama, contestó Luis con voz profunda. ¡Juro á V. que mientras yo viva, ningun peligro la amenazará ni de cerca ni de lejos, pues para llegar á ella será preciso pasar por encima de mi cadáver!

—¡Gracias, D. Luis! contestó el jefe de los Corazones Sombrios, conmovido por el acento del caballero. Tengo fé en su palabra, y sé que de todos modos cumplirá V. su juramento. Por lo demás, antes de algunas horas espero estar de regreso, y entonces nada tendrá ella que temer.

—Vigilaré, contestó sencillamente el jóven.

—Gracias una y mil veces.

D. Tadeo se separó de los jóvenes y entró en la tienda, donde doña Rosario, reclinada en una hamaca, se mecía dulcemente entregada á sus pensamientos.

Al ver llegar á su tutor, se levantó con viveza.

—No te incomodes, te lo ruego, querida niña, dijo D. Tadeo obligándola á colocarse en la postura que antes ocupaba, solo tengo que decirte dos palabras.

—Escucho á V., amigo mio.

—Vengo á despedirme de tí.

—¿Cómo á despedirse, D. Tadeo? exclamó la jóven con terror.

—¡Oh! tranquilízate; mi ausencia es solo por algunas horas.

—¡Ah! dijo doña Rosario con una sonrisa de satisfaccion.

—Si, hija mia, figúrate que en estas inmediaciones hay una gruta muy curiosa. Esta mañana tuve la torpeza de hablar algunas palabras acerca de ella delante de D. Valentin, y ese demonio de francés, añadió con una sonrisa, quiere á toda costa que le lleve allá, de modo, que para sustraerme á su importunidad, he concluido por consentir en ello.

—Ha hecho V. bien. Debemos grandes favores á esos dos caballeros franceses, y lo que le ha pedido á V. este era de tan escasa importancia....

—Que hubiera hecho mal en negárselo, añadió D. Tadeo interrumpiéndola; por eso he accedido á todos sus deseos y marcharemos al instante, para estar de regreso lo mas pronto posible. Sin embargo, no te fastidies demasiado durante nuestra ausencia, querida niña.

—Procuraré hacerlo así, dijo la jóven con aire distraido.

—Por lo demás, dejo para cuidarte á D. Luis. Charlaréis los dos y el tiempo se pasará pronto.

Doña Rosario se ruborizó.

—Vuelva V. pronto, amigo mio, dijo.

—No tardaré mas tiempo que el necesario para ir y volver. Vaya, adios, querida niña.

D. Tadeo salió de la tienda y se reunió con los dos jóvenes.

—Adios, D. Luis, dijo; ¿viene V. D. Valentin?

—¿Cómo que si voy? contestó el parisiense riendo; ¡caramba! quedaria desesperado si perdiese la ocasion que V. me ofrece de juzgar si entienden VV. las revoluciones tan bien como nosotros los franceses.

—¡He! he! somos jóvenes todavía! contestó modestamente D. Tadeo; pero, sin embargo, aseguro á V. que comenzamos á formarnos.

—Hasta luego, Luis, dijo Valentin, estrechando la mano de su hermano de leche, y acercándose á su oído, añadió:—¡Da gracias á Dios, pues ya ves que protege tu amor!

El jóven solo contestó con un suspiro y un movimiento de profundo desaliento.

Un peon habia llevado los caballos de los chilenos y del francés, y los tres montaron en seguida. Clavaron espuela á sus cabalgaduras y desaparecieron muy pronto entre la crecida yerba y las revueltas del camino.

Luis regresó al campamento muy pensativo.

Estaba solo con doña Rosario.

Los jefes indios, arrastrados por la curiosidad, se habian alejado en direccion de la capilla con el fin de asistir á la ceremonia mezclados entre la multitud.

Los arrieros y los peones tardaron muy poco en seguirles.

La jóven se habia sentado, meditabunda, sobre un monton de pellones ó pieles de carnero teñidas delante de la tienda, y miraba sin verlas á las nubes que, impulsadas por una fuerte brisa, corrían con rapidez por el espacio.

Doña Rosario era una preciosa niña que apenas contaba diez y seis años. Pequeña, delgada y delicada en toda su persona, sus gestos y movimientos estaban llenos de indefinible atractivo.

Belleza muy escasa en la América, era rubia. Su cabellera larga y sedosa tenia el color de las espigas maduras; sus ojos azules, en los que se reflejaba el azul del cielo, tenían esa expresion melancólicamente meditabunda que solo pertenece á los ángeles y á las jóvenes que empiezan á amar; su nariz, algo delgada y sonrosada; su boca un poco seria, con labios coralinos guarnecidos de dientes de brillante blancura; su tez anacarada, y de una finura estraordinaria, acababan de convertirla en una criatura deliciosa.

El ruido de los pasos del jóven, que se acercaba, la arrancó á sus meditaciones. Volvió la cabeza hácia él y le dirigió una mirada impregnada de inefable tristeza, mientras que asomaba á sus labios una sonrisa débil.

El conde se inclinó respetuosamente delante de ella.

—Soy yo, la dijo en voz baja y casi inarticulada.

—Sabia que iba V. á llegar, le contestó con voz armoniosamente modulada. ¡Ah! ¿por qué ha vuelto V.?

—No me guarde V. rencor porque estoy de nuevo á su lado, pues por obedecer á V. me marché, ¡ay Dios! sin esperanza de volverla á ver; pero el destino ha resuelto lo contrario.

La jóven le lanzó una mirada profunda.

—Desgraciadamente, prosiguió el conde con una sonrisa triste, está V. condenada por algunas horas á sufrir mi presencia.

—Me resigno á ello, Luis, dijo doña Rosario tendiéndole la mano con un gesto lleno de abandono.

El jóven estampó un beso ardiente en la mano fria y aterciopelada de la preciosa niña.

—Así, pues, hénos aquí solos, dijo doña Rosario con tono alegre retirando su mano.

—Si señora, sobre poco mas ó menos, contestó Luis prestándose á su buen humo. Los jefes indios y los peones arrastrados por la curiosidad,

se han marchado con la multitud, lo cual nos proporciona una conferencia á solas.

—En medio de diez mil personas, repuso la jóven sonriendo.

—Estas son las mejores ocasiones, pues cada cual se ocupa de sus negocios sin pensar en los agenos. Podemos hablar sin temor de que nos interrumpa ningun importuno.

—Si, dijo ella con expresion meditabunda, muchas veces en medio de la multitud es donde se encuentra la mayor soledad.

—¿Acaso no posee el corazon esa facultad tan grande de poder aislarse cuando mejor le agrada, para replegarse dentro de sí mismo?

—Y esa facultad ¿no suele ser con frecuencia una desgracia?

—Quizás sí, dijo el conde con un suspiro.

—Pero, ¿cómo es.... dijo doña Rosario con tono travieso, para cambiar de conversacion que comenzaba á ser harto seria, perdone V. esta curiosidad á una jóven.... como es, repito, que á V., á quien vislumbré algunas veces en París durante la breve permanencia que hice allí, y que entonces, si no me equivoco, disfrutaba de una posicion brillante, vuelvo á encontrarlo tan lejos de su patria?

—¡Ay Dios! señora, mi historia es la de muchos jóvenes, y puede resumirse en dos palabras: debilidad é ignorancia.

—Si; es demasiado cierto que esa historia es próximamente la de todos, tanto en Europa, como en América.

En aquel momento se oyó un gran ruido fuera del campamento.

Doña Rosario y el conde hablaban á la entrada de la tienda, y estaban colocados de modo que no podían ver lo que pasaba en la llanura.

—¿Qué ruido es ese? preguntó la jóven.

—Probablemente el tumulto de fuera que llega hasta nosotros. ¿Desea V. asistir á esa ceremonia?

—¿Para qué? esos gritos y ese tumulto me asustan.

—Pues yo creia que V. era quien habia pedido á D. Tadeo que la trajese á ver....

—Capricho de muchacha, que se pasa tan luego como se concibe.

—¿Pero no era la intencion de D. Tadeo?....

—¿Quién puede conocer las intenciones de D. Tadeo? dijo ella interrumpiéndole con un suspiro ahogado.

—Parece que la quiere á V. mucho, se aventuró á decir D. Luis tímidamente.

—Algunas veces me hallo inclinada á creerlo. Tiene para conmigo las atenciones mas delicadas, los cuidados mas tiernos. Otras veces parece que no puede aguantarme sino con sumo trabajo; me rechaza, y mis caricias le cansan.

—¿Qué conducta tan singular! observó el conde. ¿Ese caballero será pariente de V., sin duda?

—No lo sé, contestó ingenuamente la jóven. Cuando sola y pensativa recuerdo mis primeros años, tengo como una idea vaga de una mujer hermosa y jóven, cuyos ojos negros me sonreían incesantemente, y cuyos rosados labios me colmaban de besos ardientes. Luego, de pronto, reina una oscuridad completa en mi existencia, y me falta totalmente la memoria. Hasta donde alcanzan mis recuerdos no encuentro ya mas que á D. Tadeo velando sobre mi en todas partes y siempre, como pudiera hacerlo un padre por su hija.

—Acaso sea, en efecto.... padre de V., repuso el conde.

—¡Oh! no, no! no es mi padre!

—¿Qué seguridad tiene V. de eso?

—Escuche V., yo, como todas las jóvenes, casi á pesar mio, siento con frecuencia en mi corazon la necesidad de amar á un sér que me una á la vida. Un dia, despues de una enfermedad larga y dolorosa que yo acababa de sufrir, D. Tadeo habia velado noche y dia durante mas de un mes junto á mi cabecera, sin disfrutar un solo instante de reposo. Lleno de júbilo al verme volver á la vida, porque creyó perderme, me sonreía con cariño, besaba mi frente y mis manos, y en fin, parecia hallarse loco de contento. ¡Oh!

dije, como iluminada por un pensamiento súbito, es V. mi padre! ¡Solo un padre puede sacrificarse con esa abnegación por su hijo! Y echándole los brazos al cuello oculté mi cabeza en su pecho prorumpiendo en llanto. D. Tadeo se levantó; su semblante estaba cubierto de livida palidez, y sus facciones se hallaban horriblemente contraídas. Me rechazó con dureza y comenzó á andar presuroso por la habitación.—«¡Tu padre, yo! Rosario, exclamó, con voz convulsiva: ¿estás loca, pobre niña? ¡Nunca repitas esas palabras! Tu padre murió, y también tu madre, hace ya mucho tiempo. ¡No soy tu padre! ¿lo oyes? Nunca repitas esa palabra. Solo soy tu amigo..... tu padre, antes de morir, te confió á mi cuidado, y hé ahí la razón de que yo te esté cuidando; pero yo ni siquiera soy pariente tuyo.» Su agitación era estremada. Dijo otras muchas cosas que no recuerdo. Luego salió..... ¡Ay Dios! desde aquel día no he vuelto á atreverme á preguntarle por mi familia.

Hubo un momento de silencio.

Los dos jóvenes reflexionaban.

La narración sencilla y tierna de doña Rosario había conmovido vivamente al conde.

Al fin volvió este á tomar la palabra, y dijo con voz temblorosa.

—¡Déjeme V. que la ame, doña Rosario!

La joven suspiró.

—¿A qué nos conducirá ese amor, D. Luis? contestó con amargura; ¡quizás á la muerte!

—¡Oh! exclamó el conde con vehemencia, sería muy bien venida si me llegare por V.

En el mismo instante varios individuos hicieron irrupción en la tienda, lanzando fuertes gritos.

El conde, con un movimiento tan rápido como el pensamiento, se arrojó delante de la joven con una pistola amartillada en cada mano. Pero como si el cielo hubiese querido realizar el deseo que acababa de formar, aun antes de que tuviese tiempo para ponerse en defensa, cayó al suelo herido de varias puñaladas.

Al caer vió como en un sueño á doña Rosario cogida brutalmente por varios individuos que hubieron llevándosela consigo.

Entonces el joven, con un esfuerzo inaudito se levantó penosamente sobre sus rodillas y logró ponerse de pié.

Vió á los raptos que corrían hacia sus caballos que un indio tenía de las riendas á cierta distancia.

El conde apuntó á los miserables que huían, gritando con voz desfallecida:

—¡Asesinos! asesinos!

E hizo fuego.

Uno de los raptos cayó lanzando una imprecación de rabia.

El joven, aniquilado por el esfuerzo sobrehumano que acababa de hacer, se tambaleó como un hombre embriagado, le zumbaron los oídos, se turbó su vista y cayó al suelo.

### XXX.

#### LA PROTESTA.

Los tres viajeros volvieron á Valdivia con tal rapidez que apenas emplearon hora y media en atravesar el espacio que les separaba de la ciudad.

En el camino se cruzaron con el general D. Panchó Bustamante, que se dirigía á la ceremonia, á la cabeza de un destacamento de lanceros y seguido de un estado mayor numeroso.

Los Corazones Sombrios pasaron sin llamar la atención.

D. Tadeo dirigió una mirada irónica á su enemigo.

—Vea V., dijo con una sonrisa burlona á don Gregorio, el general cree que es ya protector. ¡Qué aire tan majestuoso va tomando!

—¡He! dijo D. Gregorio con una mueca burlona, bien sabe, sin embargo, que entre la copa y los labios hay tiempo suficiente para una desgracia.

Daban las diez en el momento en que entraban en Valdivia.

La ciudad estaba casi desierta. Todos aquellos á quienes algun asunto urgente no detenía en sus casas, habían aprovechado la ocasión para trasladarse á la llanura en donde habían de renovarse los tratados entre los chilenos y los araucanos. Esta ceremonia interesaba mucho á los habitantes de la provincia, porque para ellos era una garantía de tranquilidad para lo sucesivo, es decir, la libertad de dedicarse con entera seguridad á sus transacciones comerciales con los indios.

La provincia de Valdivia, mas que las otras de Chile, temía las hostilidades de sus formidables vecinos, puesto que se halla separada casi enteramente del territorio de la república, entregada á sus propias fuerzas, y el menor movimiento de los moluchos aniquila su comercio.

Parecía que sus habitantes habían emigrado en su mayor parte, se entiende, provisionalmente. No sucedía lo mismo con los soldados. La numerosa guarnición que se componía, ¡cosa inaudita y nunca vista en tiempo de paz! de 1,500 hombres se había acrecentado aun mas hacia dos días, y principalmente durante la noche anterior, en que habían llegado dos regimientos de caballería y un batallón de artillería.

¿Para qué era aquel alarde de desplegar tantas fuerzas cuando nada lo justificaba?

Los pocos habitantes que habían quedado en la ciudad experimentaban con este motivo una inquietud vaga que no acertaban á definir.

Hay un hecho singular que queremos consignar aquí, sin que nos encarguemos por eso de explicarlo, pues siempre nos ha parecido inexplicable.

Cuando en un país ha de verificarse un acontecimiento notable, sea el que quiera, parece que un presentimiento vago avisa á los habitantes. Los hombres y las cosas toman un aspecto singular, y la misma naturaleza, asociándose á esa disposición de los ánimos, se pone sombría de una manera sensible. Un fluido magnético circula por todas las venas, una opresión penosa abruma todos los pechos, la atmósfera se forma mas pesada, el sol pierde parte de su brillo, y los hombres solo en voz baja se comunican unos á otros las impresiones que sienten. En una palabra, hay en el espacio no sé qué cosa incomprensible que dice al hombre en tono lúgubre:

—¡Ten cuidado!.... te amenaza una catástrofe!.....

Y es esto tan cierto, es tan general este presentimiento fatídico, que cuando se ha verificado el suceso, cuando ha pasado el peligro, cada cual esclama instintivamente:

—¡Ya lo sentía yo!.....

Y sin embargo, nadie hubiera podido decir por qué preveía el cataclismo.

Es que el sentimiento de la conservación, que Dios ha puesto en el corazón del hombre, ese sentimiento que constituye su salvaguardia, es tan firme, que cuando se le acerca algun peligro, le grita inmediatamente:

—¡Ten cuidado!

Valdivia se hallaba en aquel momento abrumada bajo el peso de un temor desconocido.

Los pocos vecinos que se habían quedado en la ciudad se apresuraban á regresar á sus casas.

Numerosas patrullas de caballería é infantería recorrían las calles en todas direcciones. Los cañones rodaban con un ruido siniestro é iban á situarse en los ángulos de las plazas principales.

En el cabildo ó casa de la ciudad, una multitud de oficiales y soldados entraban y salían apresuradamente con partes.

Varios ordenanzas se sucedían incesantemente, y despues de entregar las órdenes de que eran portadores, volvían á marcharse á rienda suelta.

Entre tanto, en las esquinas de las calles, muchos hombres embozados en anchas capas, con el sombrero echado á los ojos, arengaban á los obreros y á los marineros del puerto, y formaban grupos que por momentos se tornaban mas compactos.

En aquellos grupos se comenzaba á ver brillar armas, cañones de fusil, bayonetas y regatones de lanzas que relucían al sol.

Cuando aquellos hombres misteriosos pensa-

ban haber desempeñado en un sitio la tarea que se habían impuesto, se trasladaban á otro.

Detrás de ellos, inmediatamente despues de su partida, y como por encanto, se improvisaban barricadas que interceptaban el paso.

Tan luego como una barricada se alzaba, un centinela de facciones enérgicas, un obrero con los brazos desnudos, pero cuya mano callosa blandía un fusil, una hacha ó un sable, se colocaba en la parte superior, y á todos los que querían acercarse, les gritaba que se apartasen.

Al entrar D. Tadeo y sus compañeros en la ciudad se encontraron completamente rodeados de barricadas.

D. Tadeo dirigió en torno suyo una sonrisa de triunfo.

Los tres hombres pasaron al galope por las barricadas, que se abrieron ante ellos.

Los centinelas les saludaban al verlos pasar.

Hemos olvidado decir que los tres llevaban cañetas.

Había cierto aspecto sobrenatural en la marcha de aquellos tres fantasmas, ante los cuales se inclinaban todos los obstáculos.

Si alguna vez, al verlos, algun vecino retrasado se aventuraba á preguntar tímidamente quiénes eran aquellos hombres enmascarados, recibía esta contestación:

—¡El Rey de las Tinieblas y sus lugartenientes!

Y el vecino, estremeciéndose de terror, se santiguaba devotamente y huía espantado.

Los tres hombres llegaron así á la entrada de la Plaza Mayor.

Allí les cerraron el paso dos piezas de cañón colocadas en batería.

Los artilleros estaban junto á sus cañones, y aguardaban con la mecha encendida.

D. Tadeo hizo una seña.

El oficial que mandaba la batería se acercó á él.

D. Tadeo se inclinó sobre el cuello de su caballo y dijo algunas palabras en voz baja al oficial.

Este saludó respetuosamente, y volviéndose hácia sus soldados, les dijo:

—Dejen pasar á estos señores.

En todas las ciudades de la América Española hay una fuente monumental en el centro de la Plaza Mayor.

(Se continuará).

## EL ANGEL MALO.

NOVELA ORIGINAL

DE JUAN DE LA CRUZ BERRIO.

(Continuación.—Véase el núm. 28).

### CAPITULO VI.

LOS BRINDIS.

El buque se deslizaba sobre el Adriático, con una majestad encantadora.

El día iluminaba el firmamento.

Las aves dando agudos y alegres gritos tocaban con la estremidad del ala la superficie de las aguas.

El perfume de las aguas era incisivo y deleitoso y la vista de la tierra producía en el corazón tiernas emociones.

Nubecillas color de oro y ópalo flotaban con ráfagas volubles en el límpido azul del cielo.

Y la luz que se desprendía del disco suavísimo del sol naciente, aglomeraba en las olas hermosos cambiantes que en cada movimiento de las aguas imitaban reverberos de distintos y fantásticos matices.

Una aureola de contento parecía envolver la tierra, el mar y el cielo.

En tanto los marinos, al compás de las olas y en armonía con el acento risueño de las aves, entonaban sus canciones, siempre acompañadas de alguna majestad como los objetos que los rodean.

Y es que los hombres se subliman tanto mas, cuanto es la grandeza que el universo les presenta como un magnífico espejo del espíritu creador y omnipotente que circulan en sus entrañas profundas a guisa de un torbellino de fuego.

Y si no se subliman, esos hombres no guardan un término medio..... con la repugnante superabundancia de la creación, con los miembros podridos é infectos, bien por sus instintos depravados, ó bien porque un día la sociedad les hirió en el corazón como á Roberto Frari.

En el centro de la mayor alegría, Frari hacia revolotear su alma alrededor de pensamientos sombríos, ó mejor dicho, negros y ominosos pensamientos brotaban como las tinieblas en la noche sobre el alma de Frari que huía abstraído de la algazara de los marinos.

De repente fijó la vista en Buxtof, que apoyados los codos en la mesa de su camarote, parecia no pensar en nada.

—¿Sabeis, Buxtof, replicó Frari en tono indiferente, que cuando llevé anoche la cena á vuestro prisionero, le encontré bastante resignado?

—¿Resignado, decís?

—Sí, querido; ¿qué os admira?

—Que un hombre á quien se roba el medio de su poder y sus placeres y se sume en un ámbito de dos pies, que se le hace casi ayunar como á un cenovita y se le obliga á respirar miasmas; un hombre á quien se le priva de la palabra y de la luz, ¿será posible que se resigne con tanta facilidad?

—¿Y no sabeis que el corazón tiene un momento en que se petrifica con los martirios? no sabeis que el corazón se resigna cuando todas sus fibras no han agitado ya un modo convulsivo y cruel?

—Me pica la curiosidad de ver el rostro de ese infeliz, dijo Buxtof en aire de compasión.

Frari tembló por su obra imperceptiblemente, aquella obra tremenda elaborada con la paciencia y los sufrimientos, y á quien solo faltaba la cúpula, podría decirse.

Pero aquel temblor lo ignoró hasta su misma existencia, y nada pudo entender Buxtof; tan cierto es que las conmociones son como sombras que cruzan en el corazón de los que han apurado la hez de los tormentos morales.

—¿Con que deseariais verle? exclamó Frari aparentando jovialidad, que contrastaba en las arrugas de su frente y con la seca firmeza de sus labios: ¡es chisloso! ¡ja!..... ja!..... ja!..... Pero, ¿os sorprendeis, amigo mio? ja!..... ja!..... Vamos, repito, que esto es chistoso..... Vos os reiais lo mismo si columbraseis sus barbas empolvadas que á legua dan la chamusquina á perro encarcelado..... sí..... sí; ¿quereis reiros, voto al chápiro?

—Diantre, amigo mio, murmuró Buxtof, mala gana tengo ya de verle; pero voy creyendo, á la verdad, que somos muy crueles con él.

—¡Bah! os ataca sin duda una melancolía que solo desaparece con los vapores del vino. ¿Teneis Champagne, mudando de conversacion?

—No; pero hay Chipre.

—Amen, dijo Frari.

—¡Izquitino! gritó Buxtof, Izquitino!

El napolitano apareció en el camarote.

—Chipre, murmuró el capitán.

El criado volvió á los cinco minutos con una enorme botella de Chipre, y poniéndola con dos vasos sobre la mesa, desapareció.

Frari escanció un vaso de Chipre y lo presentó al capitán murmurando.

—¿Os acordais de Braciano?

Buxtof tomó el vaso.

—¡Brindo por mi hermano! dijo.

Y lo apuró.

—Es un vino excelente, ¿he? repuso Frari llenando su vaso y brindando por su padre con una entonación ordinaria; pero en cuyo fondo podría adivinarse algo de terrible.

—El vino que siempre me ha gustado con preferencia á los demás, es el de Corinto, dijo Buxtof.

—¿Qué diablos! contestó Frari; ¿y no es verdad que sus viñas son succulentas é inapreciables? Los venecianos tenían su orgullo en los

duces pacíficos, los franceses en la tranquila muerte de sus reyes, los españoles en sus ministros honrados y los corintios en la fortaleza de sus vinos. ¡Todo va allá! ¿no es verdad, Buxtof? Este mundo es una bataola en que cada cual vive con sus caprichos, lo mismo el que desea paz, aunque le den guerra, ministros honrados, aunque le den ladrones, y vino bueno, aunque se le presenten cristiano. ¡Viva el vino, Buxtof!

—¡Y mueran los que no se declaren sus mas apasionados amantes! añadió Buxtof bebiendo.

—¡Demonche! ¿Estais sanguinario, amigo mio? ¿Sabeis que podriais cortar en España muchas cabezas?

—En cambio, en Inglaterra no vertería una gota de sangre; tanto vale.

—Yo creo, Buxtof, que gozais de estensas simpatías con todas las bodegas del mundo.

—¡Oh! oh! replicó el capitán, llevais en parte razón, porque si no he visitado muchas bodegas, en cambio he paladeado muchos vinos. ¡Es una cosa tan natural! En la India estraen el *calii* de las cortezas de los cocos, y los indigenas se abrasan las venas con aquella especie de aguardiente devorador, lo mismo que con la serviente oración que dirigen á sus bramas; usan en América el *casave*; he visto un natural de Sandwich beber la *ava* por espacio de ocho minutos y caer muerto casi con delicia; el hotentote gasta una mistura de los diantres; el tártaro toma al acostarse dos tazas de su *kuomiss* ó su *etrki* y pasa la noche lo mejor posible; el alemán, tonto con la cerveza, no de esa que refresca la sangre, sino la que inflama las arterias; el inglés se aplicaria un embudo á la garganta y se iria á la eternidad tragando ron; el francés se marcha á la tertulia con una copita de su vino delicadamente compuesto; el árabe blasfema de Mahoma cuando huele el perfume de sus viñedos silvestres, y el español predica contra las borracheras y empuja el codo tras de una esquina de Málaga, de Jerez, de Oporto ó de Valdepeñas. Esto prueba que la bebida es una verdad eterna aceptada por todos los que entienden sobre la dulce materia en la raza humana, y como nosotros, pobres marinos, no tenemos los suficientes conocimientos para levantar una heregia, gritamos ¡viva el vino! con toda la fuerza de los pulmones.

Y ambos á una dieron rienda á su alegría.

Los vasos estaban rebosando, cubiertos de una blanca y casi chispeante espuma, que refractaba en distintas franjas la luz esplendente del día.

Depositó Frari unos polvos amarillentos que ocultaba entre las yemas de los dedos sobre la espuma de un vaso, y tan luego como se hubieron desleído, lo presentó á Buxtof con mano solícita.

Buxtof le alargó el suyo, y alzando ambos los receptáculos del licor:

—¡Brindo por vuestra vida, capitán! exclamó Frari.

Y apuró el vaso.

—¡Brindo por vuestra amistad, Frari! gritó entusiasmado el capitán.

Y llevando el vaso á los labios con una confianza sin límites, bebió hasta la hez.

Frari entonces tomó un carácter sombrío y melancólico, recostando sobre la mano su frente, donde se veían cruzar densas y turbias nubes.

## CAPITULO VII.

### LA FIRMA.

De repente Frari levantó la cabeza, y tomando una pluma, principió á escribir sobre una firma en blanco.

Nuestros lectores recordarán que Amurates cometió la imprudencia de estampar su nombre firmado y entregarlo á Frari.

Un minuto despues este se guardó el papel en que habia escrito, y con admiración de Buxtof salió del camarote con dirección á la estancia de Delia.

La jóven despues de haber llorado horas mortales, se sentó al lado de la hamaca, pensando en las relaciones del hombre que la habia querido deshonorar con su padre.

La infeliz no vió en ellas sino la mano de esas incidencias que llaman casualidad, y á quien los fanáticos apellidan Providencia.

Casualidad ó Providencia, la jóven creyó que debia á aquellas relaciones el no haber sido abastida y postergada por un simple marino.

Sintió llamar á la puerta y Delia recorrió los cerrojos sin recelo de ninguna especie.

Frari se presentó en el dintel.

—Perdonad, hija mia, dijo con dulzura, que anoche no os diese una explicación mas lata de mis relaciones con vuestro padre.

Y penetrando en la habitación, añadió, mientras la jóven volvía á sentarse al lado de la hamaca.

—¿Me perdonaréis, con efecto, mi mal comportamiento de anoche? olvidaréis que os traté como á una esclava de vuestro país?

—Mi religion manda borrar los agravios en el corazón, respondió la jóven en italiano.

—Ya sé que vuestra madre era cristiana y que debió inculcaros la misma religion; por lo mismo, espero que hablemos sin resentimientos y con toda buena fé.

—¿Sabeis algo de mi padre? preguntó la jóven.

—Me escribió para que os condujese á Constantinopla. ¿No teneis ya deseos de ver sus hermosos kioscos?

—¿Pero cómo sabia mi padre que yo iba en este buque? ¿No me hubiera buscado aquí él en persona?

—Es que la carta la recibí en el mismo Constantinopla, en tanto que vuestro padre hacia sin duda pesquisas por encontraros.

Si quereis tomaros la molestia, dijo Frari sacando un papel, podeis leer la carta á que aludo.

Cogió la jóven el papel y principió á leer en efecto.

—¡Pero esta letra no es suya! exclamó de repente y mirando con firmeza al marino, que sonriendo, le contestó con dulce afabilidad.

—Leed, leed.

La jóven tranquilizada con el tono de su interlocutor, volvió los ojos á la fecha de la carta.

«Islamboul, etc.

«Inolvidable amigo Frari: muchas veces os he pintado el carácter alegre y bullicioso de mi hija única á quien amaba mas que á todas mis esclavas juntas; hoy he descubierto que ese carácter es tambien aventurero y apasionado.»

La jóven contuvo un suspiro, y casi con las lágrimas en los ojos, prosiguió leyendo:

«Arrastado por el afecto que la profesaba, la noche precedente al día que os escribo, fui á su gabinete para estampar en sus labios el beso de costumbre; pero ¿cuál no seria mi estupor cuando descubrí colgada al balcon la escala por donde habia huido?

«¡Ay, amigo mio! los padres que desconfian en el despotismo que ejercen sobre sus hijos, experimentan amargos engaños,

«Mis primeros pensamientos fueron arrojarme á los piés del Pachá y pedir que mandase buscar á mi hija; pero luego medité, que el escándalo seria un dolor mas para mi.

«¡Oh! digo en verdad, querido amigo, que hubiera preferido á los tormentos que sufro, el cordón que el gran Visir regala á sus victimas.

«Porque ¿dónde hay un disgusto mas grande que ver desaparecer una hija en brazos de un perdido como lo era Croverto, jóven corrupto y ambicioso, que sin duda fué el que la robó?

«Si la adhesión que siempre me habeis demostrado, aun dura en vuestro pecho como me figuro, concededme el favor que os voy á exigir: es molesto; pero será el último.

«Con el mayor sigilo buscaré por toda Islamboul á mi hija, y caso de que no la encuentre, estoy seguro que habrá ido á Venecia.

«Pues bien; yo marcharé á Venecia: si encontráis á la infeliz, retenedla á vuestro lado en mi nombre.

«No dudeis de mi agradecimiento.

«Vuestro amigo eterno,

«AMURATES».

Apretó Delia el papel entre las manos y rompió á llorar de una manera tan profundamente triste que hubiera conmovido á cualquiera.

—¿Estais convencida de la firma de vuestro padre, hija mia? preguntó Frari con insidioso tono.

—En verdad, tartamudeó la jóven, y estoy dispuesta á seguiros; pero ¡ah! ¿por qué habia formado mi padre tan mala idea de Croverto? ¡El un hombre corrompido! Podria ser pobre, es cierto; y en cambio ¿no tenia yo suficientes riquezas? para qué se quiere lo escetivo sino para hacer nuestra felicidad? ¡Oh Croverto! arroja desde la gloria una mirada y verás el fuego de amor incesante que arde en el fondo de mis oraciones, en lo mas profundo de mis pensamientos y en la fibra mas recóndita de mi corazón!

—¿Con que os abandonais á mi proteccion sin reserva, no es verdad? dijo Frari.

—¿Podeis dudarlo?

—Entonces, pues, disponeos á entrar en Venecia, que ya se vé desde la proa del buque.

—¡Oh! padre mio! exclamó la jóven; Dios quiera que pronto tenga el placer de abrazaros!

—Frari tomó la cabeza de la infortunada con delicado ademán, y le dió un beso respetuoso sobre la tez purisima de su frente.

—Hasta luego, hija mia, dijo; descansa y recogijate, porque ya querrá Dios concederte la felicidad que se merece tu corazón.

Delia lanzó un suspiro involuntario y Frari salió de la estancia sonriendo.

## CAPITULO VIII.

### EL CASTILLO NEGRO.

Cuando Frari dejó la habitacion de Delia encontró en medio del buque al capitán, cuyos ojos estaban ya rodeados de una aureola cárdena, y cuyos labios crispados ofrecian una palidez casi cadavérica.

Tan luego como le vió Buxtof, puso la mano sobre el hombro de Frari.

—Ya está hecha la caja con sus correspondientes agujeros, dijo; ¿quereis mas?

—¡Oh! sois un tesoro, amigo mio.

En el mismo instante una especie de perro se cruzó entre las piernas de Frari.

—¡Rayo! exclamó este mirándole, ¿qué animal es ese?

—¡Hola! hola! dijo Buxtof riendo; es mi chacal. ¿Cómo diantres se habrá desatado de la cadena? lo tenia en la bodega y se me olvidó decir que lo habia comprado en el puerto de Constantinopla. El chacal es feroz en el desierto; pero cuando se domestica, pocos animales hay mas adictos á sus dueños.

—Es bonito, siquiera por lo raro, murmuró Frari.

—Le quereis.

—Y como Frari se sonriese.

—Vaya, añadió; os trasmito sobre él mi potestad.

—No, no, dijo Frari.

—Habeis revelado que os agrada y será vuestro.

—¿Pero á qué le voy yo á destinar?

—Escucha, chacal, exclamó el capitán inclinándose sobre el inteligente animal, ya no soy tu dueño; ¿lo oyes? perteneces á este marino.

El chacal se introdujo entre las piernas de Frari, y asomando la cabeza, lanzó un aullido lúgubre y mortuorio.

—¡Le acepto, gritó Frari! pensando que aquel animal podia servirle en sus planes ulteriores; le acepto como un regalo inestimable!

En aquel momento el buque Narvi ancló en el anchuroso puerto de Venecia.

Los marinos se entregaron á sus respectivas maniobras, y Frari saltó á una góndola con la agilidad del gamo.

Ya indicamos en otra ocasion, y todo el mundo lo sabe, que Venecia está erigida sobre enormes estacas en medio de la laguna de su nombre, especie de inmenso lago separado del mar por una magnífica cadena de islas pequeñas cubiertas á

guisa de abigarrada librea con hermosos plantíos y bien cultivadas huertas.

Frari viró hacia aquella manga de islas, y atracando la góndola, puso el pié sobre la arena del Littorale.

Entonces creyó ver de nuevo su patibulo y un vendaval de tumultuosos pensamientos cruzó su cabeza temblorosa. Miró al pasado como á través de un funesto neorama y al recorrer los terribles incidentes de su vida, sus ojos se dilataron y crujieron sus miembros como los de un loco.

Ahogó mil suspiros en el fondo del corazón donde tantas imágenes se reproducian, y con paso vacilante é inseguro, crispado el cabello, la frente sudorosa, los brazos tendidos adelante cual si quisiera conjurar tempestuosas visiones, y los labios pálidos y fruncidos, se dirigió hacia un castillo negrisimo que se alzaba como un gigante sobre una ligera colina y entre árboles seculares y umbrosos.

No se sabe lo que Frari hizo en aquel castillo; no se sabe si fué á evocar sueños de otra época mejor; no se sabe si fué á verter lágrimas de hiel; no se sabe si fué á refrescar las heridas cuya sangre empapaba, como una esponja ya estrujada, su triste y casi fúnebre existencia.

Cuando volvió á la góndola, tenia la frente despejada y tersa; flexibles los labios, tranquila, aunque fija y penetrante la mirada, y daba muestras en su rostro de haber adoptado un plan cualquiera, ó haberse decidido por uno de los muchos pensamientos sombríos que brotaban en su espíritu como las hojas en un árbol.

Remó en direccion al buque y saltando de la góndola, despues de hablar ligeramente con Buxtof, se introdujo en el camarote.

Media hora despues se le pudo ver correr sobre el puente del buque con una caja de muerto entre los brazos, que en seguida depositó en el fondo de la góndola.

La góndola desapareció á lo largo del Littorale como un relámpago fugaz.

No se tardó mucho tiempo cuando Buxtof principió á remar una barca en que iba la jóven Delia, cuyo corazón se despedazaba al pensar la inefable dicha que podria experimentar en aquel momento si viviera Croverto.

Buxtof amarró la barca á la roca de una isla, y tomando el brazo de Delia en la orilla, la condujo entre una cadena de enormes rocas cubiertas de musgó á un pequeño bosque que se extendia sobre la falda de la pequeña colina en que estaba situado el Castillo Negro, de quien á la apariencia, solo quedaban sus cuatro paredes, vetustas y desnudas, coronadas de un imponente y grieteado torreón cuya veleta enorme de hierro estaba mohosa y casi destrozada por la mano implacable de los años.

Al llegar al castillo, Frari se apareció apoyado taciturnamente sobre la aguja de una roca.

—¡Ah! ¿Sois vos? dijo Delia.

—Tengo el placer de mostraros la única posesion que me queda, exclamó Frari aproximándoseles y pasando el antiguo y cegado foso del castillo.

—¿Cómo! ¿Pues no teniais una casa en Venecia? objetó el capitán.

—Aquella casa, respondió Frari con voz reconcentrada, no es mia, sino de la fatalidad.

Delia tembló sin saber por qué.

—¡Diantre! murmuró el capitán penetrando en el patio, interin Frari se apoyaba, como si siempre estuviese fatigado, en un trozo de columna que aun se ostentaba denegrada sobre su mutilada base; ¡diantre! cuántas ruinas! este castillo es un viejo á quien la muerte toca con su guadaña!

—¿No ois? replicó Delia indicando el arco de un vestibulo.

—Ese ruido es el viento que desemboca en el patio, hermosa jóven.

—Vamos, vamos, murmuró esta, recorramos el castillo ya que os ha dado ese capricho, y entremos en Venecia. ¿Quién sabe si mi padre se acerca al puerto?

—¡Vuestro padre, señorita! tartamudeó casi aterrado Buxtof; ¿pues dónde está vuestro padre?

—¿Dónde? Lo ignoro, capitán; pero segun los

cálculos de mi bienhechor, debe llegar al puerto de Venecia de un dia para otro.

—¡Diantre! diantre! balbuceó Buxtof aun mas confundido; ¿quién es vuestro bienhechor?

—¡Oh! Dios mio! ¿Preguntais quién es?

Y la jóven señaló con el dedo á Frari, sumido en intrincadas cavilaciones.

—¡Ah! articuló Buxtof como iluminado.

Y despues añadió para sí.

—¡Pobre criatura! ¿Quién sabe si la venganza se estenderá tambien como un huracán hasta su hermosa cabeza? ¡Se parece tanto á Pilar! ¡A Pilar!..... ¡Qué recuerdo, Dios mio! dadme fuerzas para abandonar á su estrella la hija de la mujer que en otro tiempo amaba!

Y á una seña de Frari, Buxtof condujo á Delia por medio del patio al vestibulo que se veia, y en donde se destacaba una escalera estrecha y derruida.

—¿Seguimos la escalera? preguntó Buxtof.

—¿Para qué? contestó Frari; esa escalera conduce al torreón.

—Y el vestibulo concluye aquí mismo, repuso Delia dando dos pasos en el interior asida al brazo del capitán.

—Estais engañada, hija mia.

—¿No veis el muro?

—Pero ese muro obedecerá á nuestra voluntad, si nuestra voluntad es que se prolongue este vestibulo.

—Veamos.

—Si, veamos, repitió el capitán.

Se acercó Frari al oscuro y fatídico vestibulo, tocando en el muro con un dedo.

En el mismo instante se abrió una puerta.

—¡D'antre! exclamó Buxtof.

—¡Esto es maravilloso! es un palacio de los cuentos árabes! dijo Delia súmamente sorprendida de descubrir la puerta en el viejo muro.

—Ya veréis como hago un magnífico cicerone, porque sé á ciegas todos los resortes, es decir, todas las misteriosas fibras de este gigante. ¿Me haréis el gusto de pasar?

Los circunstantes entraron en una habitacion incrustada de varias pinturas, y representaban tridinos romanos.

—¡Ah! exclamó Frari; ¿veis esos cirios con zócalos de lava que hay junto á la chimenea de mármol?

—Sí, respondió Buxtof concisamente, observando la estructura singular de la chimenea que se destacaba en un ángulo de la habitacion.

—Esos cirios los colocó mi padre en sus zócalos el dia de mi nacimiento.

—¿De veras? Pues ya trae cerca la fecha.

—¿Cuánto tiempo tendréis?

—¡Ay! señorita, cuento mas de treinta y ocho años.

—¿Dios mio! vuestro cabello está ya casi blanco!

—No sintais lástima por vuestro bienhechor, como vos decís, dijo Buxtof mirando á Frari de un modo interrogador.

—¿Y por qué?

—¿Por qué?

—Sí.

—Porque posee una fuerza atroz, contestó Buxtof maquinalmente.

—¡Oh! no os riais de mi, capitán, que aun puedo asegurar que mato un buey de un puñetazo, exclamó riendo Frari.

—Os suplico, amigo mio, que guardéis la piel de ese buey para tapizar las paredes de esta habitacion.

Una ligera sonrisa, entre triste y alegre, vago en los frescos labios de la jóven.

—Vamos, murmuró, ¡adelante!

—Y aquí ¿por dónde? preguntó Buxtof: ¿es que aun quedan mas resortes?

Frari se acercó á la chimenea y tocó una baldosa de mármol, que incontinenti se alzó sobre el pavimento, descubriendo una especie de misteriosa cripta, á cuyo fondo se descendia por una escalera ancha y brillante; Frari entonces sujetó la baldosa en una cadena de hierro de Elva que pendia de la chimenea, y tomó la mano de la jóven para bajar.

—No..... no, exclamó.



¡Padre mio!! gritó la jóven, padre mio!..... (Pág. 456, columna 2.ª)

—¿Por qué, hija mia?  
 —¿No percibís el aire fétido que se desprende de ese pozo?  
 —¡Ca! Si supierais las revueltas del subterráneo.....  
 —Si..... sí, murmuró el capitán, yo también me inclino á la opinión de Delia..... ¡Ahí se huele mal! retrocedámos!  
 Y apretando el brazo de la jóven, volvió la espalda, en cuyas vértebras corría un escalofrío penetrante.  
 Un instante despues salieron de la habitacion. Buxtof se quejó de repente, y dijo que se sentía malo.  
 Tenía la frente descolorida, los labios secos, las mejillas cárdenas y los ojos retraidos hácia el cogote.  
 —¿Qué sentís, amigo mio? preguntó Frari.  
 —Una sed ardiente..... insufrible..... voraz..... exclamó con voz cavernosa Buxtof, ojeando con espanto las tétricas paredes del vestíbulo.  
 —¡Dios mio! articuló la jóven soltando aterrada su brazo; ¡vuestro rostro se pone cadavérico!  
 —¡Ah! ah!.....  
 —¿Estais peor?  
 —Sí, amigo mio..... estoy malo, muy malo... la sed..... un dolor agudo..... el trastorno..... ¡Oh! salgamos..... salgamos..... sin duda esperan algunos marineros en las cercanías del castillo..... y podrán conducirme..... á Venecia..... salgamos..... yo..... malo..... estoy muy malo..... sí... ¡Me muero!  
 Y tambaleándose, dió adelante algunos pasos. En aquel instante pasaron junto al pié de la escalera del torreón, en uno de cuyos tramos se pudo ver una caja cubierta de negro.  
 La jóven dió un grito asustada.  
 —¿Qué es eso! exclamó; qué es eso!  
 —¡Un difunto! balbuceó Buxtof exhalando un gemido y vacilando sin fuerzas sobre las corvas.  
 La faz de Frari reverberó una tremenda alegría, chispearon sus ojos, y subiendo algunos

peldaños de la escalera, alzó la tapa de la caja fúnebre.

Buxtof se apoyó en la pared para no desplomarse al suelo, y la jóven se quedó yerta y paralizada de terror.

Luego estendió Buxtof hácia la caja sus manos temblorosas, y Delia lanzó un gemido de indescriptible dolor.

## CAPITULO IX.

### SE DESCORRE LA VENDA.

Habia tendido en la caja una especie de espectro humano, con los ojos apagados, los labios entreabiertos y devoradas las mejillas.

Atados los brazos y las manos al borde de la caja, el desgraciado apenas podia moverse.

No le era posible articular un gemido, y el sello de palidez profunda que campeaba en su demacrado rostro, le daba el aspecto de un verdadero cadáver.

Frari á su vez estendió las manos hácia el fondo de la escalera como un ángel exterminador.

Temblaron las rodillas de Delia, se oprimió su pecho, y cayendo al suelo ávida y palpitante, se arrastró hasta la escalera, estendió los brazos, y pasando ante sus ojos una turbia nube, solo tuvo fuerza para pronunciar con inmensa espresion de martirio estas frases que revelaban un mundo de pensamientos.

—¡Padre mio! padre mio!.....

Y se desmayó.

Doblóse su frente sobre los hombros, y se hirió contra un peldaño, en que se vertió una gota de sangre.

—¿Quién eres tú? exclamó al fin Buxtof, contemplando la caja mortuoria, quién eres tú?

—Tan desnaturalizado sois que no quereis reconocer á vuestro hermano Braciano? dijo Frari.

(Se continuará)

## CURSO FAMILIAR DE LITERATURA

POR LAMARTINE.

TRADUCIDO AL CASTELLANO POR

D. EDUARDO PERIÉ.

(Continuacion.—Véase el n.º 37.)

### X.

El héroe, lleno de admiracion y respeto, se adelantaba hácia la ermita de *Canoua*, y lo llama.— El ermitaño estaba ausente; su hija adoptiva, la bella *Sacountala*, sale á la voz del extranjero y reconoce al rey.

*Sacountala* vestía el traje de una religiosa india, consagrada al culto de la divinidad, bajo la direccion del santo anciano: la belleza casi divina de la jóven deslumbró al jóven rey y le roba el corazón.—«¿Quién eres, jóven celestial? esclama.—¿Cómo vives en este desierto? ¿Dónde has nacido, tú que resplandeces con toda la divinidad de una hija de los dioses? Al verte, he sentido que mi corazón se me saltaba del pecho por una atracción sobrenatural.—Soy la hija de *Canoua*, responde temblando *Sacountala*.—Pero, prosigue el héroe, *Canoua* es un santo que ha hecho voto de vencer todas las pasiones humanas, y hubiera muerto antes que violar el de la continencia.—Entreveo un misterio en tu respuesta.»

*Sacountala* le confiesa entonces la verdad, según la habia oído contar un día por *Canoua* á un brahman errante, á quien le dió hospitalidad en su ermita.—No era hija de *Canoua*, sino de un célebre anacoreta, llamado *Visoumitra*, cuya santidad ha escitado los celos de un dios secundario, que aspiraba á sobrepasar en perfección y austeridad á todas las criaturas.—Dicho dios, temiéndolo ser aventajado por el anacoreta *Visoumitra*, le envía la más bella de las *Apsaras*, que son las Venus del cielo indio, para que lo sedu-





EL GENERAL MAC MAHON.

HISTORIA DE LA GUERRA

INDEPENDENCIA ITALIANA



jera.—«¿Quién, yo? le responde al semi-dios, me atreveré á acercarme á ese anacoreta puro, severo, terrible, de frente tan fulgurante como el fuego del sacrificio, y temible como el tiempo que todo lo destruye? Sin embargo, obedeceré, puesto que lo ordenas.—Pero secundame en mi peligrosa prueba, ordena al dios de los aires de jugar con gracia en los pliegues de mis vestidos, y de henchirlos ligeramente cuando baile ante el bracman; que el amor se adhiera á él con una mirada que se fije en mis pasos, y que el céfiro difundiera en torno mio los perfumes de la embriaguez.»

Tranquilizada con la promesa del dios, que le ofrece su apoyo, «la divina bayadera, dice el poeta, baja á la tierra, y deteniéndose cerca de la morada del solitario, y fingiendo estar sola, baila en un prado elevado desde el cual debe apercibir la anacoreta; y el viento embalsamado se esconde entre los ondeantes pliegues de sus vestidos que sobrepujan en blancura y en trasparencia, á los pálidos rayos del astro nocturno.

«El solitario sucumbe, ama aquella divinidad oculta bajo los rasgos de la bailarina celeste, y una hija fué el fruto de esta union.—La *Apsara*, elevándose hácia el cielo, la deja dormida en la puerta de la ermita sobre un lecho de flores y de musgo.»

*Canoua*, al ir á bañarse en el río, apercibió la criatura que estaba dormida en la ribera, y mil pájaros del bosque que revoloteaban agitando sus alas sobre su cabeza para sombrear y refrescar la frente de la niña divina.—La tomó en sus brazos, la dió á criar y la educó luego despues con la solicitud de un padre, dándole el nombre de los pájaros que la preservaban de los ardores del sol cuando la encontró á orillas del río.

XI.

«Tal habia sido la narracion del ermitaño *Canoua*, la cual redobló la pasion de *Douchmanta* hácia aquella jóven descendiente de una raza divina.—Le suplica que consienta en casarse con él sin esperar la aprobacion del ermitaño su padre adoptivo; pero ella resiste largo tiempo, hasta que arrastrada al fin hácia el héroe por la misma atraccion que él habia sentido por ella, le dice con las mejillas sonrosadas de divino pudor:—«¡Pues bien! si es verdad que consintiendo en

ser esposa tuya sin el beneplácito de mi padre adoptivo, no peco contra la santa voz del deber; si puedo, como dices, ¡oh mi rey! disponer por mi misma de mi corazón (que no creo me engañes), escucha las condiciones que una tímida jóven se atreve á imponerte en nuestra union:—«Dá tu palabra real de que si tenemos un hijo, le darás el título de *Jóven rey*, y lo harás reconocer á los pueblos como tu legitimo sucesor!»

El héroe hace el juramento, coge las manos de *Sacountala* entre las suyas, y esta sola ceremonia los une para siempre como dos esposos.

XII.

Despues de haber pasado algunos dias en las fiestas y en las dulzuras del amor, el héroe emprende el camino de su capital, y el ermitaño vuelve despues de una larga ausencia.

*Sacountala* confusa, tiembla presentarse á él y confesarle su casamiento con el rey.—Pero por el don profético de que está dotado, el ermitaño lo sabe todo anticipadamente.—«¡Oh mujer, mil veces dichosa, dice á *Sacountala*, el lazo que has contraído secretamente y sin haberme consultado, no es contrario á nuestras santas leyes!—¡El hijo que debe nacer de esa union, igualará á su padre, y de él nacerán una raza de héroes!»

Tranquilizada con este perdon y dicha promesa, *Sacountala* desembaraza con alegría al santo profeta de la pesada cesta de frutas que acaba de coger, derrama en sus fatigados piés un agua refrigerante, y con cariñosa voz le suplica de protegerlos en sus oraciones, pidiendo al cielo la gloria de sus descendientes.

XIII.

En la segunda parte, el poema se estiende sobre el infortunio y el desenlace.—El hijo que tuvo *Sacountala*, crece en la ermita con todos los instintos y presentimientos de un héroe.—Su infancia nos recuerda los juegos infantiles de *Hércules*.

Sin embargo, el héroe, para probar á su esposa, finge haber olvidado á *Sacountala* y á su hijo, y no ha vuelto á aparecer en los bosques cercanos á la ermita.—El santo le dice á su hija que ha llegado el tiempo de pedir al rey el

cumplimiento de su promesa, proclamando rey y sucesor de su padre al niño, y un cortejo religioso acompaña á *Sacountala* á la capital.—Escuchemos al poeta.

«Aquí tienes, dicen los religiosos que habian acompañado á *Sacountala*, á tu fiel esposa que viene del bosque sagrado con su hijo, tan bello como los inmortales, deseando prestar homenaje á su esposo y á su rey.»

El rey hace una señal de consentimiento.

*Sacountala*, llevando á su hijo de la mano, se adelanta con una timidez llena de gracia y de temor.—«¡Oh rey! dice, ya ha llegado el tiempo en que este niño, fruto de nuestra legitima union, debe ser consagrado! ¡Oh! tú, el modelo de los jefes y de los hombres, cumple tu palabra!—¡Acuérdate de los lazos indisolubles que nos unieron, y recuerda, sobre todo, la ermita de *Canoua*!»

El rey finge haberlo olvidado todo.—*Sacountala* se turba, se estremece, se indigna, se desmaya, y por último, recobra los sentidos.—«¿No hay un juez en tí? le dice ella. ¿Puedes creerte solo cuando haces el mal? El sol y la luna, el fuego y el viento, la tierra y el firmamento, la vasta estension de las aguas, el dia y la noche, los crepúsculos matutino y vespertino, y todos los elementos, son los testigos de las mas secretas acciones del hombre.—Si este no ha obrado contra la voz interna de su conciencia, el juez incorruptible le da una felicidad eterna; pero si sofocando dicha voz se entrega al crimen, es condenado á los mas terribles tormentos.»

Un discurso de esta especie, en aquel momento, está fuera de lugar; pero en eso mismo se ve que en dichos poemas, las situaciones mas patéticas no sirven tanto para el desarrollo de las pasiones, como para el de la moral esquisita, que domina en el alma de los poetas hasta las pasiones mismas.—El grito que sale del corazón torturado de un hombre ó de una mujer, resuena mas en el cielo seguramente que en la tierra; porque la naturaleza absorbe la religion.

XIV.

«Escucha la voz de nuestros antiguos legisladores divinos, prosigue magnífica, pero inoportunamente la mujer ultrajada.—Recuerda lo que en sus cantos inmortales han dicho de la modesta compañera del hombre: pues es ella la que pro-

longa su existencia en los hijos que les dá, haciéndolos revivir en esos otros seres emanados de él; debiéndole también á dichos hijos la salvación de las almas de sus antepasados.

(Se continuará).

## HISTORIA DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ITALIANA.

(Continuacion.—Véase el n.º 28).

El hecho que domina la historia militar de esta semana es la batalla dada el 24 entre el Chiesa y el Mincio, en el mismo terreno en que el general Bonaparte consiguió en 1796 la victoria de Castiglione.

El sitio elegido por los austriacos para probar de nuevo la suerte de las armas, prueba que era inexacto cuanto se decía al atribuir su concentración á causas políticas; pero en los últimos días, sus movimientos todos han tenido un sello de duda y de indecisión, que no debía hacer suponer por su parte la resolución de combatir en la orilla derecha del Mincio, á menos, sin embargo, de que su retirada no fuese un ardid destinado á facilitar una sorpresa.

Después de haber evacuado por primera vez la orilla derecha del Chiesa, el ejército austriaco había vuelto á ocupar á Montechiaro, llevando sus avanzadas hasta la llanura, su campo de maniobras habitual, que se extiende por delante de esta ciudad. Se creía entonces que su objeto era ensayar en este terreno descubierto su ponderada caballería, que hasta entonces no había entrado seriamente en combate, y que después contaba con disputar palmo á palmo al ejército aliado el terreno tan desigual que separa el Chiesa del Mincio.

Pero muy luego volvió á tomar este ejército su movimiento retrógrado un momento suspendido. Montechiaro fué abandonado de nuevo. Los piemonteses, que marchaban sobre Peschiera, por Ponte san Marco, Lonato y Decenzano, se adelantaron hasta el glacis de esta plaza. Garibaldi, volviendo hácia el Norte, ocupaba á Saló en el lago de Garda, desde donde rechazaba á cañonazos, la escuadrilla austriaca.

El ejército francés por su parte, apoyando la derecha pasaba el Chiesa á Montechiaro, y ocupaba á Castiglione, Carpenedolo y las otras ciudades en la doble dirección de Borghetto y de Goito. Su caballería hacia reconocimientos que solo dieron por resultado encontrar al enemigo después de pasar esta última ciudad.

El emperador mismo y el rey de Cerdeña habían pedido ir á visitar á Decenzano, donde las chalupas cañoneras francesas debían probablemente haber sido equipadas de nuevo y lanzadas al agua. Todo parecía, pues, anunciar que los austriacos esperaban tras el Mincio al ejército francés, y que este tendría que dar una batalla ofensiva, á fin de forzar el paso de este río.

No ha sido así: los austriacos, al pasar el Mincio por cuatro puntos diferentes en la tarde del 23 y la noche del 23 al 24, ocuparon por su derecha á Busolongo y Solferino: el primero á 7 kilómetros del Mincio y á igual distancia del lago de Garda; el segundo á 5 kilómetros al Sudoeste del primero. El emperador de Austria con su centro estaba en Cavriana, ciudad situada al Sudoeste de Solferino. La izquierda, pasando por Guirdizolo, á 4 kilómetros al Sudoeste de Cavriana, se prolongaba hasta Castel-Goffredo, ciudad á 6 kilómetros del Chiesa. El ejército austriaco formaba así una línea oblicua de 18 á 20 kilómetros; la izquierda delante de la llanura, mientras que el centro y la derecha se hallaban en la parte montañosa próxima al lago de Garda.

Los piemonteses, colocados á la izquierda de los aliados, y mas cercanos al Mincio, debieron recibir el primer choque, y probablemente sufrieron mucho. Los cuerpos mas avanzados del

ejército aliado se replegaron, combatiendo primero, hácia el Chiesa, á fin de unirse al grueso del ejército. La batalla, que empezó á eso de las seis de la mañana, no se volvió general hasta después de diez horas de combate. Al cabo de una lucha encarnizada que duró todo el día, un ataque en masa dirigido contra Solferino, determinó la retirada de los austriacos. Por la noche volvieron á pasar el Mincio, é hicieron saltar el puente de Goito. El cuartel general del emperador de Austria se trasladó á Villafranca, á 6 kilómetros del río, detrás de Valeggio.

Mas abajo damos el parte oficial francés de esta terrible batalla, cuyos sangrientos pormenores no pueden leerse sin un involuntario terror.

Cuando tengamos en nuestro poder documentos mas completos, volveremos á ocuparnos de esta terrible jornada; sin embargo, nos parecía evidente, según la audacia y el valor con que el ejército austriaco, que se creía desmoralizado, ha vuelto á tomar la ofensiva, y según el encarnizamiento que mostró en el combate, durante quince horas al menos, que el ejército francés no pasaría el Mincio sin resistencia. Un despacho de Cavriana del 28 anuncia, sin embargo, que el paso se efectuó sin oposición por parte de los tudescos.

La retirada de los austriacos tras el Adige, después de una nueva derrota, será seguida, según todas las probabilidades, de una detención en la marcha avanzada de los ejércitos aliados. En efecto, muchas causas parecen imponerle un descanso mas ó menos prolongado entre el Mincio y Verona.

En primer lugar, después de dos batallas disputadas y sangrientas, un ejército necesita siempre volver á organizar sus cuadros diezmados; pero sobre todo hay que esperar, antes de pasar mas adelante, que se haya podido volver á constituir las provisiones de viveres y municiones; que se hayan formado depósitos en puntos fortificados, destinados á servir de base á las operaciones ulteriores. En este sentido se habla de la creación de un campo atrincherado que cubra esta necesidad, hasta que mas adelante, dueños los aliados al menos de Peschiera, y después de Mantua, establezcan allí sus almacenes de toda especie.

La cuestión de subsistencias, no nos cansaremos de repetirlo, es una de las mas difíciles de esta guerra, sobre todo, á medida que se van alejando de Francia y del mar, hasta que se hayan podido establecer comunicaciones fáciles entre Francia y el Adriático.

La llanura de Lombardia es un país rico y fértil; pero también es la región mas poblada de Europa. Después de proveer al sustento de sus numerosos habitantes, ocupados en parte en obras industriales, debe subvenir aun al de los montañeses que no hallan medios de vivir en sus rocas, la mayor parte impropias para otro cultivo que el de los bosques y viñas. Así es que durante muchos meses del año van á buscar á país llano trabajo y salarios, de los que sacan su subsistencia.

Además, el sistema agrícola no permite sino muy difícilmente á la Lombardia subvenir á las necesidades de un ejército. Los cultivos industriales, tales como el lino, el cáñamo y la seda, constituyen su mayor riqueza: el maíz y el arroz de que se compone el habitual alimento de las clases inferiores, ocupan la mayor parte de las tierras; después viene el trigo: la cantidad que se cosecha alcanza todo lo mas á las necesidades bastante estrechas del consumo local. En cuanto á los animales, abundan poco: los pastos, ricos, pero poco estensos, alimentan principalmente á las vacas procedentes del Tirol, cuya leche sirve para hacer los quesos, que se consumen en gran parte en el país, y cuyo sobrante es esportado. Solo el vino es el que abunda, y el ejército al menos no debe carecer de esta bebida tan necesaria á los soldados en los terrenos húmedos, en los que con tanta frecuencia necesitan vivaquear, y que producirán fiebres, si á la hora esta no las han producido.

No debe, pues, pedirse á este país ni trigo, ni

avena, ni heno; solo hay carne y cebada: mas aun; los débiles recursos que pueden ofrecer en tiempos ordinarios las regiones situadas entre el Sesia y el Adige, han debido agotarse completamente con la prolongada estancia de 200,000 austriacos, y los aliados se ven reducidos á llevar consigo cuanto necesitan para el alimento de los hombres y de los animales. Así es, que antes de haber llegado al Mincio, empezaban á escasear los viveres. Correspondencias particulares dicen que el dinero no puede procurarlos, y el ejército solo se mantiene de carne y de bizcochos llevados de muy lejos, y algunas veces hasta reemplazados forzosamente por el arroz.

Habrà, pues, necesidad de detenerse durante el tiempo preciso para que los pedidos puedan constituir una especie de reserva para las tropas francesas; después habrá que buscar algunos viveres en la orilla derecha del Pó, y abrir comunicaciones con el Adriático. Así, bajo el punto de vista de las subsistencias, como del reclutamiento del ejército italiano, seria indispensable que una autoridad provisional, afecta á la causa de la independencia, organizase los recursos de toda especie de los países sometidos hasta ahora á la autoridad antinacional y secretamente hostil de los cardenales.

Esta detención, empleada en sitiar á Peschiera y Mantua, tendrá además otra utilidad, cual es, la de facilitar en mucha parte al ejército piemontés el trabajo de reorganización á que debe someterse.

Este ejército, antes de la guerra, se componía de 20 regimientos de infantería, además del regimiento ó brigada de guardias, de 10 batallones de bersaglieri, 9 regimientos de caballería y los cuerpos especiales. La necesidad de ensanchar los cuadros para incorporar los reclutas lombardos llamados en la actualidad, ha llevado consigo la creación de otros diez regimientos de infantería, dos de caballería y un número no conocido aun de batallones de bersaglieri. Los cuadros de estos nuevos cuerpos se invertirán en su mayor parte en los antiguos regimientos. Los discípulos de las escuelas especiales, los voluntarios de Garibaldi y los oficiales parmesanos, modenenses y de la Romanía, que han abrazado la causa de la independencia, formarán el complemento. Así, uno de los regimientos se organizaria en Bolonia, componiéndose en gran parte de los dragones romanos que abandonaron las ciudades de las legaciones ocupadas por los austriacos, para ofrecer sus servicios á Toscana. Este trabajo de organización deberá extenderse aun á los ducados que probablemente se soneterán, como Lombardia, á un reclutamiento obligatorio.

Bajo el punto de vista de la formación de un ejército italiano, los verdaderos amigos de dicha península han visto con placer la salida tanto tiempo diferida del ejército toscano con el 5.º cuerpo francés. Demasiado tiempo se había perdido en tergiversaciones y en discusiones. Esperamos que los soldados toscanos comprenderán que tienen que hacer olvidar, con su conducta en el campo de batalla, su prolongada inacción. Son, pues, tres divisiones: dos francesas y una italiana, con una brigada lo menos de caballería, en todo un total de 30,000 hombres que van á reunirse al ejército aliado, al que habrán servido de mucho en la jornada del 24, pero cuyas pérdidas habrán estado compensadas. Generales y soldados deben haberse apresurado á tomar, en fin, una parte activa en las operaciones de que hasta ahora habían sido espectadores solamente.

Hé aquí el parte oficial francés de la batalla de Solferino, de que mas arriba hemos hecho mención:

Cuartel general de Cavriana, 28 de junio.— Después de la batalla de Magenta, el enemigo abandonó las líneas del Adda, del Oglio y del Chiesa. Parecía que iba á concertar toda su resistencia detrás del Mincio, y el ejército francés debía ocupar posiciones desde Lonato á Volta. El 23 por la tarde el ejército de Victor Manuel recibió orden de dirigirse á Pozolengo, el mariscal Baraguey D'Hilliers sobre Solferino, el duque de Magenta sobre Cavriana, el general Niel sobre Guirdizolo y el mariscal Canrobert sobre Medola.

La Guardia imperial debía marchar sobre Castiglione, y la caballería de línea ocupar la llanura entre Solferino y Médola. Los movimientos debían empezar á las dos de la mañana. Entre tanto muchos desahucios enemigos se presentaron en diferentes puntos. El 24 á las cinco de la madrugada, estando el emperador en Montechiaro, oyó cañonazos hácia Castiglione y se dirigió á este punto, que debía ocupar la Guardia imperial.

Los austriacos, durante la noche, habían pasado el Mincio por Goito, Valeggio, Monzambano y Peschiera, ocupando nuevamente las posiciones que habían abandonado. Venían reforzados por las guarniciones de Verona, Mántua y Peschiera, reuniendo así de 250 á 276,000 hombres, que avanzaron hácia el Chiesa cubriendo las alturas y el llano. Esta fuerza se dividía en dos ejércitos: el de la derecha debía apoderarse de Lonato y Castiglione, y el de la izquierda marchar sobre Montechiaro. El enemigo creía que nuestro ejército no había pasado aun en su totalidad el Chiesa, y su objeto era arrojarlos á la derecha de este río.

En marcha los dos ejércitos enemigos, se encontraron inopinadamente. Baraguey d'Hilliers y Mac-Mahon se encontraron casi á las puertas de Castiglione en presencia de fuerzas considerables. Al mismo tiempo Niel se batía en la altura de Médola, y el rey Victor Manuel en camino para Pozolengo, encontraba á los austriacos delante de Revoltella, mientras que Canrobert hallaba ocupado el pueblo de Castelgofredo por la caballería enemiga. El ejército aliado tenía, pues, á gran distancia todos sus cuerpos y el emperador trató de aproximarlos para que pudieran auxiliarse.

Dadas las órdenes convenientes para esto, el emperador se dirigió á las alturas en el centro mismo de la línea de batalla, donde el mariscal Baraguey, á demasiada distancia del ejército sardo para poder unirse á él, luchaba con tropas que se renovaban sin cesar. Sin embargo, el mariscal había conseguido llegar al pié de la colina sobre que se halla Solferino defendido por fuerzas considerables atrincheradas en un antiguo castillo.

El mariscal había perdido ya mucha gente, y sus tropas estenuadas de fatiga y de calor, y expuestas á un fuego incesante, ganaban terreno con mucha dificultad.

El emperador dió entonces orden á Forey de marchar contra Solferino, y mientras que Forey se apoderaba del cementerio y el general Bazaine lanzaba sus tropas hácia la población, los cazadores y tiradores de la Guardia Imperial trepaban hasta el pié de la torre que domina el castillo y se apoderaban de este. Los austriacos bajo el fuego de nuestra artillería, evacuaron á las tres y media todas las posiciones de Solferino, dejando 1,500 prisioneros, 14 cañones y dos banderas.

Durante esta lucha, cuatro columnas austriacas, avanzando entre el ejército del rey Victor Manuel y el cuerpo de Baraguey d'Hilliers, procuraban desorganizar la derecha de los piemonteses; pero seis piezas de artillería, hábilmente dirigidas por el general Forgeot, les hicieron retroceder en desorden. Mientras que Baraguey apoyaba el ataque de Solferino, el duque de Magenta desplegaba sus fuerzas en la llanura de Guidizzolo, y su línea de batalla cortando el camino de Mántua, prolongaba su derecha hácia Médola.

A las nueve fué atacado por un numeroso cuerpo precedido de mucha artillería que se colocó á mil metros delante de nosotros. Inmediatamente alzamos el fuego contra los austriacos. Las baterías de las divisiones Desbaux y Partoneaux franquearon el fuego enemigo, reduciendo al silencio su artillería, que tuvo que retirarse.

Estas divisiones cargaron acto continuo á los austriacos, haciéndoles 600 prisioneros.

Al mismo tiempo dos regimientos de caballería austriaca habían intentado rechazar el ala izquierda del segundo cuerpo; pero tres cargas de nuestra caballería los rechazaron, cogiéndoles gran número de hombres y de caballos. A las dos

y media, el duque de Magenta tomó á su vez la ofensiva, y dió orden al general de Lamotte de tomar á san Casiano y las demás posiciones ocupadas por el enemigo. Este último pueblo fué rodeado y tomado con un vigor irresistible por los tiradores de Argel y por el regimiento número 45.

En seguida, los tiradores se lanzaron sobre él contra el fuerte principal que une á Cavriana con san Casiano. La primera altura, coronada por un reducto, cayó en poder de los tiradores; pero el enemigo concentrando sus fuerzas, logró desalojarlos por dos veces sucesivas, hasta que el duque de Magenta hizo avanzar el grueso de sus fuerzas. Al mismo tiempo el general Mellinot se dirigía contra Cavriana, y este doble ataque sostenido por el fuego de la artillería de la Guardia, hizo abandonar al cabo la población á las cinco de la tarde. Entonces una tempestad horrible oscureció el cielo y suspendió la lucha; pero apenas aclaró, nuestras tropas continuaron su obra, arrojando al enemigo de todas las alturas que dominan el pueblo.

Pocos momentos después la artillería de la Guardia cambiaba la retirada de los austriacos en una precipitada fuga. Entre tanto se verificaba una carga de caballería entre los cazadores mandados por el duque de Magenta y un cuerpo austriaco, que amenazaba la derecha de aquel. A las seis y media el enemigo se retiraba en todas partes; pero bien que ganada la batalla en el centro, nuestras tropas del ala izquierda y derecha, no habían podido avanzar; sin embargo, el 4.º cuerpo había tomado una parte gloriosa en la batalla de Solferino.

Habiendo salido de Carpenedalo á las tres de la madrugada, se dirigía sobre Médola apoyado por la caballería de las divisiones Desbaux y Partoneaux, cuando á dos kilómetros de Médola, encontró á los austriacos. Carga sobre ellos la division con ímpetu; pero tuvo que detenerse ante la artillería é infantería enemiga que defendía el pueblo.

El general Lucy tomó sus disposiciones de ataque. Mientras que circunvalaba á Médola por la derecha y por la izquierda, se adelantó por el frente, y á las siete el enemigo se retiraba, dejando en nuestro poder dos cañones y buen número de prisioneros. La division Vinois, que seguía á la de Lucy, se dirigió á una casa aislada sobre el camino de Mántua, en que el enemigo tenía fuerzas considerables, y mientras Lucy se dirigía hácia Ceresara, tuvo que sostener un combate encarnizado.

Los austriacos atacaron la izquierda de Vinois; pero fueron detenidos por el fuego de 42 piezas de artillería, dirigidas por el general Saleille. Llegó á su vez la division Faily; y el general Niel, reservando la segunda brigada de esta division, dirigió la primera entre Casanova y Rebecca para unir á Lucy con Vinois. El objeto de Niel era dirigirse sobre Guidizzolo cuando el duque de Magenta se hubiera apoderado de Cavriana, cortando así al enemigo el camino de Volta y de Goito.

El tercer cuerpo de ejército, que había salido de Mezzana á las dos y media de la madrugada, pasó el Chiesa por Viseno y llegó á las siete á Castelgofredo, pequeña ciudad murada que el enemigo ocupaba aun. Mientras que el general Janin atacaba por el Sur, el general Regnault marchó de frente, echó abajo las puertas de la ciudad y penetró en ella, llevando por delante de sí la caballería enemiga.

A las nueve de la mañana, Regnault, á la altura de Médola, se unió por su izquierda con el general Lucy junto á Ceresara, y por su derecha hacia frente á Castelgofredo vigilando los movimientos enemigos.

A las tres de la tarde el mariscal Canrobert hizo apoyar la division Regnault sobre Rebecca, y mandó al general Trochu que colocase su primera brigada entre Casanova y Baeta, punto el más hostilizado.

Este refuerzo permitió á Niel lanzar contra Guidizzolo la parte de las divisiones Lucy y Faily. Esta columna se adelantó hasta las primeras casas del pueblo; pero tuvo que retirarse ante fuer-

zas superiores. El general Trochu acudió entonces marchando al enemigo en batallones compactos, con tal orden y serenidad, como en un campo de maniobras; quitó al enemigo una compañía de infantería y dos cañones; y ya había llegado á mitad de distancia entre Casanova y Guidizzolo cuando estalló la tempestad que puso fin á esta espantosa lucha.

El 4.º cuerpo del ejército cogió á los austriacos una bandera, 7 cañones y 2,000 prisioneros.

La caballería ha sido un poderoso socorro para detener los esfuerzos enemigos; pero nuestra nueva artillería, sobre todo, produjo en el enemigo terribles efectos, pues sus balas alcanzaban á distancia, de donde las piezas de más grueso calibre no podían contestar. El ejército sardo, colocado á nuestra izquierda, ha tenido una jornada tan magnífica como sangrienta. Avanzaba en cuatro divisiones sobre Peschiera, Pozolengo, Madonna de la Scoperta, cuando á las siete de la mañana encontró al enemigo entre san Martino y Pozolengo. Trabóse la lucha; pero los refuerzos multiplicados de los austriacos hicieron retroceder á los piemonteses hasta detrás de san Martino, amenazándoles cortarles la retirada. Entonces una brigada de la division Mollard llegó al sitio del combate y asaltó las alturas ocupadas por el enemigo.

Por dos veces ocupó las eminencias apoderándose de muchos cañones; pero por dos veces tuvo que ceder al número y abandonar su conquista. Ganaba terreno el enemigo á pesar de los esfuerzos heroicos de la caballería real, cuando la division Cuchiari, presentándose en el campo por el camino de Rivoltella, vino á sostener al general Mollard. Las tropas sardas avanzaron por tercera vez bajo un fuego mortífero. La iglesia y los caseríos de la derecha fueron tomados, y cogidos ocho cañones; pero el enemigo volvió á recobrarlos así como también sus posiciones.

En este momento el general Cuchiari, en columna de ataque, marchó contra la Iglesia de san Martino, reconquistó el terreno perdido y se apoderó de las alturas por cuarta vez; pero no logró aun mantenerse en ellas, pues abrasado por la metralla enemiga y frente á un ejército que se reforzaba sin cesar, no pudo esperar la llegada de la segunda brigada del general Mollard.

Entonces fué cuando la brigada de Aoste enviada por el rey Victor Manuel y sostenida por un grueso cuerpo de artillería, avanzó contra el enemigo; y bajo un fuego mortífero logró definitivamente, aunque palmo á palmo, apoderarse de las alturas. Entonces la artillería piemontesa, ganando las crestas, pudo coronarlas con 24 cañones, de que inútilmente intentaron apoderarse los austriacos. Dos cargas de la caballería piemontesa lograron dispersarlos. La metralla introdujo el desorden en sus filas, y el ejército sardo quedó por fin dueño de las formidables posiciones que el enemigo había defendido con tanto encarnizamiento por espacio de un día entero.

Al otro lado, la division Durando luchaba con los austriacos desde las cinco de la mañana. Su vanguardia había encontrado al enemigo en Madonna de la Scoperta, y las tropas sardas habían sostenido hasta las doce los ataques de un enemigo superior en número que los había obligado á replegarse; pero auxiliados por la brigada de Saboya, tomaron la ofensiva, y rechazando á los austriacos, se apoderaron de Madonna.

Las pérdidas del ejército sardo en estos encuentros fueron muy considerables, teniendo 49 oficiales muertos, 177 heridos, 642 hombres muertos, 3,405 heridos y 1,258 estraviados. En poder del ejército real quedaron 5 cañones, como trofeo de la sangrienta victoria que habían conseguido contra un enemigo superior en número. Las pérdidas del ejército francés son 12,000 hombres muertos y heridos, 720 oficiales fuera de combate, entre los que se cuentan 150 muertos; 7 coroneles y 6 tenientes coroneles han muerto también.

Las pérdidas austriacas no pueden valuarse, pero á juzgar por el número de muertos y heridos que han abandonado en un campo de batalla que tiene cinco leguas de frente, deben ser considerabilísimas. En nuestro poder han quedado

30 piezas de artillería, gran número de cajas, 4 banderas y 6,000 prisioneros. La resistencia del enemigo durante diez y seis horas se explica por la ventaja que le daban la superioridad numérica y las posiciones casi inespugnables que ocupaba.

Por la primera vez, las tropas austriacas combaten á la vista de su soberano, y la presencia de dos emperadores y un rey, dando á la lucha mas encarnizamiento, la hacia mas decisiva.

A las nueve se oía aun á lo lejos el fuego de cañon que precipitaba la retirada enemiga, mientras que nuestras tropas encendian los fuegos del campamento en un campo de batalla que habian conquistado tan gloriosamente.

Segun las últimas noticias, el ejército austriaco desalentado con esta jornada, no piensa defender el paso del rio y se retira hacia Verona.

#### GLOBOS AEREOSTÁTICOS MILITARES.

La llegada al teatro de la guerra del aeronauta Godard con sus globos da á estas líneas un carácter de actualidad enteramente particular.

No data solo de hoy el empleo de los globos aereostáticos al servicio de los ejércitos; se remonta al año 1793, en el que los físicos Coutelle y Conté recibieron del gobierno republicano la orden de organizar una *compañía de globos aereostáticos*, compuesta de treinta hombres con un teniente, un subteniente y sargentos. Coutelle, que fué nombrado capitán de esta compañía, estaba agregado al estado mayor general.

En aquella época, — antes de caer en el olvido casi por completo, de donde van tal vez á sacarlo los servicios que puede prestar al ejército francés, — el descubrimiento de Mongolfier era objeto de varios estudios para esos géneos ardientes que se llamaban Monge, Fourcroy, Guyton de Morveau y Bertholet. Ellos fueron los que hicieron que el Comité de Salud pública aceptase la formación de esta compañía que fué incorporada al arma de artillería.

El capitán Coutelle, su amigo, era tambien un hombre de mucha experiencia, y supo vencer en pró de la ciencia la dificultad que le imponía al mismo tiempo el Comité, prohibiéndole el empleo del ácido sulfúrico para la preparación del gas hidrógeno; — entonces el azufre era muy raro; — ¡la fabricación incesante de la pólvora absorbía hasta las últimas partículas! Coutelle fué el primero que produjo hidrógeno en gran proporción, por medio de la descomposición del agua.

Una vez conseguido este trabajo, Coutelle recibió orden de reunirse al ejército de Sambrey-Meuse, mandado por el general Jourdan. Luego que llegó á Beaumont, á algunas leguas de Mamebeuge, que bloqueaban los austriacos, fué detenido por las avanzadas francesas, y conducido ante el comisario de la Convención, llamado Duquesnoy.

Este no comprendió una palabra de las esplicaciones de Coutelle:

— «¡Un globo! dijo estupefacto..... un globo!..... en el campo!..... tú me pareces sospechoso y voy á hacerte fusilar!

El desgraciado se acordó, entonces solamente, de exhibir su *orden del Comité* al feroz representante, que le envió á Jourdan.

Cada globo podia contener dos personas: dos cuerdas, atadas á su circunferencia, y sujetas en tierra por diez hombres, le tenían cautivo, y se elevaba por término medio, á 150 metros de altura. De este modo se reconocía un espacio muy estenso, y los objetos se distinguían muy claramente, bien con la simple vista, bien con anteojos. La maniobra se ejecutaba sin hablar; la correspondencia con los hombres que tenían las cuerdas se hacia por medio de pabellones, de formas y de colores combinados, poco mas ó menos como las señales de marina. Y las observaciones sobre las maniobras de los enemigos, sus posiciones, sus fuerzas, ó sus movimientos, se trasmitían al general por medio de notas echadas á tierra con ayuda de objetos de algun peso, que la mayor parte de las veces eran saquitos de arena.

El globo de Coutelle se llamaba *El Emprene-*

*dor*; el de una compañía de aeronautas creada poco despues, y mandada por el capitán Lhomond, se llamaba el *Hércules*. En Francfort, este último fué acibillado de balas por el ejército austriaco, y toda la compañía hecha prisionera y llevada á Wurtzbourg.

Maubenge, Charleroi, Fleurus, Bruselas, Frankental, Francfort, Bonn, Liege, Coblenza, Kehl y Strasburgo, pudieron elogiar á su vez los servicios que los globos aereostáticos les prestaron. *El Emprendedor*, sobre todo, sirvió de gran socorro en la jornada memorable de Fleurus, — en la que Coutelle permaneció cerca de ocho horas en el aire, trasmitiendo sin descanso sus preciosas observaciones.

El general Jourdan consignó en la orden del día del ejército la importancia de estos servicios.

Uno de los episodios mas curiosos de la odisea de los globos aereostáticos es este: — Coutelle recibió en Charleroy orden de trasladarse con su globo á doce leguas de allí. No se habia tenido tiempo de vaciarlo, y el capitán se decidió á *hacerle viajar henchido*.

Se dispuso, en torno del ecuador de la red, veinte cuerdas, sostenidas cada una por un aeronauta. Se pusieron en la barquilla las cuerdas de ascension, las piquetas, los azadones y el material de señales. El comandante mismo se colocó en él, y echó á volar al despuntar el día, sin que le viesen los centinelas enemigos.

En Audernach, hostigando un día á Bernadotte á que subiese á la máquina, se negó á ello, diciendo claramente: — «Prefiero el establo de las vacas.»

Bonaparte, general en jefe del ejército de Egipto, tuvo el proyecto de emplear en él los globos aereostáticos; pero su papel en esta campaña no tuvo nada de militar, porque los ingleses se apoderaron de los aparatos científicos á su desembarco. Solamente, en la fiesta dada en el Cairo para celebrar el 2 Vendimiario, Coutelle hizo la ascension en un globo de 50 piés de circunferencia.

Por lo demás, se habia reconocido que las observaciones eran muy difíciles cuando hacia mucho viento, á causa de las violentas oscilaciones y del balanceo continuo impresos á la barquilla, y la mayor dificultad era mantener en equilibrio á la misma altura el globo, al que las ráfagas de las regiones superiores impulsaban con frecuencia hacia tierra. Y como lo ha dicho un escritor militar de la época: — «Si todas las naciones pudiesen proveerse de *instrumentos* semejantes, los globos aereostáticos llegarían á ser un obstáculo mas, sin ventaja especial para los ejércitos franceses. Desde luego seria mas que imprudente consagrar sumas mas que importantes á la creación de un material embarazoso, al que una descarga de artillería bien dirigida, puede poner en un instante fuera de servicio.»

Al regresar de la expedición de Egipto, Napoleón I mandó cerrar la *Escuela aereostática* fundada en Meudon por orden del gobierno, y en la que se ejercitaban jóvenes procedentes de la Escuela militar.

#### EL GENERAL MAC-MAHON,

JEFE DEL 2.º CUERPO DEL EJÉRCITO DE ITALIA.

Mac-Mahon (María Edma Patricio Mauricio, conde de), general francés, cuyo retrato damos hoy, nació por los años de 1807, en Antun (Saona-et-Loira): descende de una antigua familia católica irlandesa, que se unió al destino de los Estuardos. Hijo de un par de Francia, que fué uno de los amigos personales de Carlos X, entró en 1825 en la escuela militar de Saint-Cyr, é hizo sus primeros ensayos durante la expedición de Argelia; asistió como ayudante de campo del general Achard, en el sitio de Amberes; ascendió al grado de capitán en 1833, y pasó á Africa, donde se distinguió en muchas acciones notables, sobre todo, en 1837, en el asalto de Constantina. Despues de haber mandado un batallón de cazadores de infantería y un regimiento de la legion extranjera, fué nombrado coronel en 1845; y general de brigada en 1848, administró en esta úl-

tima igualdad la provincia de Oran y la de Constantina, y fué ascendido, el 16 de julio de 1852, al grado de general de division.

Hallábase de cuartel en Paris cuando el general Canrobert dejó el mando en jefe del ejército de Oriente en mayo de 1855: llamado á sucederle al frente de su division de infantería, fué entonces encargado, en el asalto dado el 18 de setiembre en Sebastopol, del peligroso honor de apoderarse de las obras de Malakoff, que eran la llave de esta plaza. En efecto, en muy pocos instantes, y gracias al increíble entusiasmo de sus tropas, consiguió penetrar allí, juró mantenerse *muerto ó vivo*, y resistió durante muchas horas los desesperados ataques de los rusos, que, cansados de su tenaz energía, se resolvieron, en fin, á optar por la retirada. La recompensa de este brillante hecho de armas fueron concederle las insignias de la gran cruz de la Legion de honor, y elevarlo á la dignidad de Senador. — Últimamente ha sido agraciado con el título de duque de Magenta, por la parte tan activa como gloriosa que tomó en este sangriento combate.

#### ANÉCDOTAS DE LA GUERRA DE ITALIA.

Un soldado que habia oido decir á uno de sus camaradas que en Alemania nunca faltaban víveres, — puesto que allí es donde se hacen las raciones, — respondió:

— ¡Eso no impide que allí estén sujetos á la dieta!

Se ha presentado al gran prebostazgo de Alejandría un soldado, desertor del 57 regimiento de línea, que hace dos años abandonó su cuerpo y se refugió á Suiza. Este hombre, llamado Tain, ha declarado que se constituía en prisionero, y ha preguntado si despues de su juicio le seria permitido volver á tomar las armas. Solo ha entrado para unirse á sus camaradas, y batirse contra los austriacos. Este desertor ha sido enviado á una prision, y no tardará en ser juzgado como tal. Su causa será sometida al emperador, y no seria imposible que, visto el dictámen del coronel Vernon, su arrepentimiento le valga el glorioso privilegio de entrar inmediatamente en el servicio. Tain es un hombre joven, que gozaba de cierto bienestar en Suiza, donde se habia creado una industria lucrativa.

Lo primero que hacia un soldado austriaco cuando le levantaban del campo de batalla, era la señal de la cruz. Encomendaba su alma á Dios y esperaba la muerte.

Los heridos austriacos han debido sorprenderse mucho al verse tratados exactamente como los franceses y los sardos, con el mismo celo y en las mismas salas que ellos.

Los aficionados á singularidades han hecho esta observacion. Desde el principio de las hostilidades, el ejército francés ha conseguido tres victorias importantes: ahora bien, los nombres de estas tres batallas empiezan con M: Montebello, Magenta, Marignano.

Este hecho, corroborado con la ocupacion de Milan, es de buen augurio para la toma de Mantua.

Es imposible caracterizar mejor el arranque y entusiasmo de los zuavos, que nombrándolos como se ha hecho, — «Caballería de á pié.»

El coronel Morelli, herido gravemente, y cuya herida se de-esperaba (ha sucumbido en efecto), hizo escribir á su esposa estas líneas: «Estoy cubierto de gloria y de heridas. Solo quedan que vivir algunos instantes, lo siento, pero quiero que mis últimos pensamientos sean para ti y para mi patria.»

M. GARCÍA GONZALEZ.

## SECCION CIENTIFICA.

## LECTURAS CIENTIFICO-INDUSTRIALES.

Importancia de las industrias textiles.—El algodón al descubrirse la América: desarrollo de sus industrias en la época actual.—Centro principal de su producción: esfuerzos que efectúan los gobiernos para extender su cultivo en otros puntos.—Descubrimientos de las máquinas, á las cuales somos deudores del hilado mecánico del algodón.—Principios generales sobre los cuales reposan los aparatos que preparan y efectúan su hilado.—Breve descripción de los mismos.

Nadie, al examinar el movimiento industrial que agita á todos los pueblos del universo, podrá desconocer la importancia que han alcanzado en nuestra época las hilanderías, ó sean los establecimientos que se ocupan en convertir, por el empleo de multiplicados aparatos mecánicos, en hilos regulares de una longitud indefinida, y cuyo espesor y resistencia guarda relación con la materia que se convierte, y con el empleo á que se destinan los hilos, los productos textiles. Entre ellos, nos ocuparemos sucesivamente, por su mayor importancia, de tres de origen vegetal, cual son: el algodón, el lino y el cáñamo, y de dos de origen animal, ó sean la lana y la seda, en la persuasión de que podremos extractar datos y noticias tan curiosos como interesantes, que probarán de una manera tangible los constantes y sorprendentes progresos de la industria inteligente de nuestra época.

Cuando Cristóbal Colon abordó el 12 de octubre de 1492 á Guanahani, una de las islas Lucayas, rodearon sus carabelas los indigenas con canoas, mostrando madejas de algodón que anhelaban cambiar con los españoles; en aquellos momentos se ofrecía á los que cruzaban por vez primera el Atlántico, y á dos mil leguas de distancia de su patria, un producto que los árabes habían aclimatado en Valencia y Murcia, importándolo de Oriente. Al llegar Colon á Cuba, encontró tejidos de algodón, con los cuales construían las hamacas los pobladores del Nuevo Mundo que acababa de descubrirse; pero es bien seguro, que ni en aquella época, ni mucho despues, pudieron ver los españoles en el algodón uno de los productos mas importantes de la industria moderna, la base principal de la riqueza futura de grandes y dilatados imperios. Inglaterra esporta anualmente una longitud tan considerable de tejidos de algodón, que su estension permitiría dar mas de cuarenta vueltas á la circunferencia del planeta que habitamos. Este verdadero prodigio se ha podido realizar merced á los inventos de Arkwright y de Watt, inventor aquel de las máquinas de hilar, y este último de los perfeccionamientos, tan numerosos como notabilísimos, que han procurado la utilización del vapor como esfuerzo motor.

En el imperio mejicano, según datos irrecusables, se cultivaba el algodón desde la mas remota antigüedad, y se tejían sus productos; otro tanto podemos manifestar respecto al Perú y al Brasil: pero si es evidente que en los imperios que podían considerarse como centros de la civilización americana, en la época á la cual nos referimos, se conocía la utilización y gran importancia del producto de que tratamos; no es menos cierto, según hemos indicado, que sin los progresos de la industria moderna no se hubiera elevado su industria al sorprendente apogeo en que hoy la vemos, como lo prueba el poco aprecio con que miraron el algodón nuestros antepasados que, sedientos de oro, desconocieron por completo el gérmen de riqueza que en sí entrañaba la planta textil de que tratamos. Volvamos los ojos á la Inglaterra, estudiemos los progresos de las hilanderías y tejidos de algodón en Francia; efectúemos igual análisis en todos los pueblos industriales, sin olvidar España, y la imaginación dudará de la verdad é importancia de las cifras inmensas que constituyen la estadística de los valores y de las riquezas que crea sin cesar la industria algodonera. En las diferentes evoluciones que señala la historia económica de las sociedades mo-

dernas, pocos ejemplos podrán ofrecerse de una prosperidad y de un desarrollo tan portentoso, como el que registran en sus anales las diversas industrias que del algodón se ocupan.

El algodón es, como no ignoran nuestros lectores, una lana vegetal que cubre las cápsulas que contienen las semillas producidas por un arbusto que crece en los países cálidos. Sin detenernos en describir, ni en enumerar las diversas clases de dichos arbustos, que clasifican de una manera variada diferentes botánicos, solo manifestaremos que es de una vista sorprendente el aspecto que aquellos ofrecen, cuando formando estensas llanuras, contrasta con el verde sombrío de las hojas del arbusto, el variado matiz del algodón; que el terreno mas propicio para su cultivo debe ser seco, puesto que la humedad le daña de una manera notable, siéndole en cambio muy favorable la influencia de la sal; y por último, que los principales mercados que procuran á la industria europea las inmensas cantidades de algodón que exigen sus atenciones, son los de los Estados Unidos, razón por la cual, y no sin motivo, se preocupan los gobiernos de Inglaterra y Francia, de las perturbaciones que este estado podría originar, si desgraciadamente ocurriese una guerra con aquellos Estados, por lo cual, tanto Inglaterra como Francia, no omiten medio alguno para promover en sus respectivas colonias la aclimatación del algodón. La Francia, en la Argelia, está consiguiendo resultados notables, y aquí, aunque de paso, manifestaremos, que en nuestro país, dotado por la naturaleza con zonas climatológicas tan diversas y apropiadas al cultivo del algodón, poco ó nada se hace para conseguir su producción, la cual se obtiene sin necesidad de abonos, ni de labores, ni de cuidados agrícolas, penosos ó difíciles, y cuya recolección se efectúa por niños y mujeres. Merece notarse la falta de atención que hemos mostrado constantemente los españoles hácia un producto, base hoy de la industria mas importante que existe en el mundo; los arbustos que producen el algodón en sedosos y blancos copos, trasportados del Nilo, se aclimataron por los árabes en los jardines de Valencia, Murcia y Granada, y cuando los españoles descubrieron y conquistaron el nuevo continente, trajeron á su país ese producto diáfano como el aire, y de aspecto encantador, que hoy la industria hiladora y colora en formas distintas y variados matices, sin que ni en una ni en otra ocasión pudieran preveer los españoles, que el algodón debía variar la senda á que se amoldaba el lento desarrollo de las industrias textiles, y que el nuevo producto de que tratamos, pasando de la rueca, que le hilaba tardía y groseramente, á los aparatos mecánicos, también vería mover por el vapor la lanzadera, que antes tejía por el esfuerzo individual de los obreros.

Demostremos á conocer algunos datos respecto á los descubrimientos y aparatos á los cuales somos deudores de la revolución que ha originado la filatura mecánica del algodón. En 1760, *Hartgrave*, simple carpintero inglés, falto de toda instrucción, puesto que no sabía leer ni escribir, imaginó una máquina para cardar el algodón, la cual no tardó en perfeccionarse, siendo estos los primeros pasos que tendían al hilado mecánico del algodón. En 1767, el mismo *Hartgrave* inventó la máquina de hilar, denominada por el autor *Jenny*, que era el nombre de su mujer, y cuya denominación conservan en la actualidad los aparatos que se refieren al tipo de la invención de *Hartgrave*. Las máquinas de este, en un principio, en lugar de un solo hilo, hilaban ocho á la vez, y despues se aumentó su producción hasta el número de 120 hilos. *Ricardo Arkwright*, en 1769, y *Samuel Crompton*, en 1775, perfeccionaron las máquinas de hilar, y desde esta época datan los progresos sucesivos que han mejorado y aumentado de una manera maravillosa el hilado mecánico del algodón.

La hilatura del algodón comprende toda la serie de operaciones que experimenta este producto, para operar su transformación en hilos de elasticidad y de grueso determinado. Cuando se efectuaba á mano el hilado del algodón, limpio, abierto y cardado, se convertía en seguida en

hilos; hoy se efectúan con el producto que nos ocupa, varias y distintas operaciones que tienden á estirar sus fibras, á situarlas paralelamente y á convertirlas de una manera gradual y sucesiva en hilos, actuando con mayor facilidad y prontitud que antiguamente.

Las hilanderías de algodón dividen sus operaciones en tres series distintas: corresponden á la primera las que preparan las materias, por medio de batanes en un principio, que tienden á limpiar el algodón en bruto de las materias extrañas que contiene, y á dotarlo de la elasticidad que ha perdido al comprimirlo y embalarle. El algodón, al salir de los batanes, se enrolla en forma de cinta en varios cilindros, sobre los cuales operan despues las cardas, ó sean los aparatos que preparan el algodón, de suerte que, al abandonarlo, solo sea preciso, para convertirlo en hilo, efectuar su estiro y torsión.

Corresponden á la segunda serie de operaciones, á las cuales nos hemos contraído, las que convierten las cintas homogéneas que procuran las cardas, en hilos, las cuales pueden subdividirse tal como sigue: estiro de las cintas de algodón, en los laminadores ó estiradores; conversión en hilos, por el empleo de los aparatos denominados mecheras, y finalmente, la transformación de las mechas ya estiradas y torcidas, en las diferentes máquinas de hilar.

La tercera y última serie de operaciones que constituyen el hilado del algodón, es la marca de los números, á los cuales, según la división tecnológica aceptada, corresponde el hilo elaborado; la transformación en madejas de dichos hilos, y finalmente, el empaquetado de estos productos tal como se encuentran en las transacciones comerciales.

Espuestas de una manera general las diversas manipulaciones que se emplean en la conversión del algodón en rama en hilos, nos es de todo punto imposible, por mas interesantes que las juzguemos, entrar en su descripción detallada, pues, para efectuarla, cada una de ellas exigiría artículos especiales, que redactaremos en ocasion oportuna.

JOSÉ CANALEJAS Y CASAS.

## CRÓNICA ESTRANJERA.

En medio del estruendo de esos sangrientos combates de que todos los dias nos dan cuenta los despachos telegráficos, y cuando los ánimos parecen menos dispuestos á escuchar palabras de conciliación y avenencia, la Prusia, esa nación destinada á desempeñar en Europa el papel de eterna negociadora, vuelve á presentarse como la mediadora entre las tres potencias que tan encarnizadamente combaten en estos momentos en el estremecido suelo de Italia. Pero forzoso es decirlo: si las gestiones de la Prusia en favor de un arreglo en todas las cuestiones, son eternas, no por ello suelen verse coronadas con buen éxito. Ahora se anuncia que de nuevo propone su mediación pacífica entre las partes beligerantes; pero si las condiciones que presenta como base de la paz son las que estos dias se han anunciado, desde luego puede asegurarse que la guerra seguirá devastando los hermosos campos del desgraciado Lombardo-Veneto. Como quiera que sea, tendremos á nuestros lectores al corriente de los esfuerzos mas ó menos felices de la diplomacia, encaminados á poner fin á los espantosos conflictos actuales.

Por su parte, lord Palmerston ha declarado, en una alocución dirigida á los electores, que el gobierno de que forma parte trata de mantener la neutralidad respecto á Inglaterra, y aprovechará la primera ocasion favorable para influir en la conclusion de la guerra.

Esto no obstante, en el Tirol y el Voralberg se alistan, en la actualidad, en favor del Austria, 24,000 hombres, al paso que, según cartas de la Argelia, la Francia hacia embarcar en este país, para operar en las costas del Adriático, 40,000 soldados.

La batalla de Cavriana, de que ya hemos hablado, y á consecuencia de la cual el ejército austriaco se vió obligado á repasar en derrota el Mincio, se llamará en lo sucesivo *batalla de Solferino*.

El emperador de Austria se ha encargado personalmente del mando de sus tropas, dirigiendo á sus soldados, al ponerse á su cabeza, una proclama escitando su entusiasmo y su adhesión á su persona.

Un parte de Verona del 25 del mes último confiesa que á los austriacos no les fué posible restablecer las posiciones del centro de la línea de batalla; que tuvieron pérdidas grandes; que las fuerzas aliadas hicieron un movimiento hácia Volta, cuyo resultado les fué favorable; que estalló una violenta tempestad, y por último, que los soldados del Austria se vieron precisados á repasar el Mincio. Vemos, pues, por confesión oficial de los austriacos, confirmada la victoria de Cavriana de que nos dieron noticia los primeros despachos telegráficos recibidos en esta corte.

El estado de agitacion en que se encuentran las Legaciones, no parece haberse calmado hasta el punto que se había dicho, á pesar de la terrible represion de la insurreccion de Perusa. Donde, segun se anuncia, ha disminuido la efervescencia causada en aquellos países por las noticias de los triunfos de los aliados, es en las Marcas.

Háblase de que el gobierno de los Estados-Unidos está resuelto á publicar una solemne declaracion de neutralidad en la guerra actual.

En vista de la movilizacion de una parte del ejército prusiano, el ruso ha hecho algunos movimientos sobre las fronteras de la Alemania. Es de creer que esta demostracion, por parte de la corte de san Petersburgo, hará meditar mucho sus resoluciones ulteriores á la de Berlin, en lo relativo á la parte que tome en las operaciones militares.

A proporcion que los dias trascurren, la ansiedad pública va satisfaciéndose con las nuevas que sucesivamente se reciben de la encarnizada batalla empeñada el dia de san Juan. Los peligros á que el emperador de los franceses se espuso en aquel memorable dia, fueron tales, que á su lado cayeron muertos tres caballos: el de su ayudante Mr. Larrey, y dos de la escolta de los Cien-guardias.

Segun un despacho de Turin del 28 de junio, las pérdidas espermentadas en Solferino por los ejércitos beligerantes, ascienden á 6,000 sardos, 11,000 franceses y 27,000 austriacos. Los resultados conocidos hasta el dia de tan sangriento choque son la marcha del emperador Francisco José á Viena, la toma del mando en jefe del ejército austriaco por el baron de Hess, la ocupacion de Goito, el bloqueo de Peschiera, el paso del Mincio, sin hallar resistencia alguna, por los aliados, y la retirada de los austriacos.

Es de creer que las operaciones del ejército franco-sardo adquieran mayor desarrollo é importancia, á consecuencia del refuerzo que les lleva el principe Napoleon, al frente de 30,000 franceses y 10,000 toscanos.

En la orden del dia del 25 dijo Napoleon al ejército: «Durante doce horas habeis rechazado los esfuerzos de 150,000 hombres; y no han aminorado vuestro entusiasmo, ni la numerosa artillería del enemigo, ni las formidables posiciones que ocupaban una estension de cinco leguas.»

El general Auger fué ascendido á general de division sobre el campo de batalla.

En Inglaterra se tiene muy poca confianza en el éxito de las negociaciones que la Prusia trata á toda costa de entablar á fin de conseguir la paz. El *Morning-Post*, órgano de lord Palmerston, declara terminantemente que las negociaciones de paz serán en la actualidad ilusorias, y en su concepto, la Prusia no puede ya evitar al Austria la pérdida de la Lombardia. El *Times* declara por su parte ineficaces y tardías las proposiciones de arreglo de la corte de Berlin, y añade que no cuando los ejércitos aliados son dueños de Milan y asedian ya al Austria en su Cuadrilátero, sino cuando los batallones del conde Giulay pasaron el Tesino, fué cuando dicha corte debió apresurarse á desempeñar el papel de mediadora que

hoy en vano aspira á representar. Ambos periódicos convienen, pues, en lo inútil de toda tentativa en este sentido, y el primero cree que solo cuando las armas de Francisco José evacuen completamente el territorio que hoy disputan á la Francia y al Piamonte, podrá la diplomacia tomar la iniciativa respecto del arreglo de la cuestion italiana.

Si hemos de dar crédito á los partes de París del 30 del pasado junio, los franco-sardos se proponian emprender operaciones combinadas en el Cuadrilátero, debiendo concurrir á ellas las tropas del principe Napoleon, que por primera vez tomarán una parte activa en la guerra. Al efecto, reina la mayor actividad en el armamento de las cañoneras destinadas á operar en el lago de Garda, manantial del Mincio, siendo de notar que las operaciones del bloqueo de Peschiera se verifican por los aliados sin resistencia alguna por parte de los austriacos. Las hostilidades contra dicha plaza serán confiadas, segun parece, al ejército piamontés, al paso que el francés se encargará del asedio de Mantua.

Los austriacos, á quienes, como ya hemos dicho, obligó á repasar en derrota el Mincio la victoria de Solferino, se retiran y reconcentran en la línea del rio Adige. Si esta noticia se confirma, una nueva derrota del Austria pudiera muy bien decidir el éxito de la sangrienta lucha de que son teatro los hermosos campos de Italia, puesto que, perdida la línea del Mincio, la del rio Adige es ya la última en que las águilas austriacas pueden hacerse fuertes y probar una vez mas la suerte de las armas.

El emperador Napoleon anuncia á la emperatriz el 1.º del actual desde Veggio, que con los refuerzos recibidos del principe Napoleon, que ascienden á 35,000 hombres, ha practicado un reconocimiento sobre Verona, la principal de las plazas del Cuadrilátero y residencia habitual del emperador austriaco, desde que se trasladó al teatro de la guerra.

El parte de la batalla de Solferino, publicado por el *Monitor*, nos hace saber que los franceses han perdido 12,000 hombres, entre ellos 150 oficiales muertos y 570 heridos, 5 generales y 7 coroneles heridos. Los piamonteses han perdido 5,525 hombres, entre muertos, heridos ó prisioneros.

El punto de reunion de la escuadra francesa en el Adriatico, es Antivari, puerto que dista de Venecia dos ó tres dias, segun la marcha mas ó menos veloz de los vapores.

Dice el *Amigo de la Religion*, que el papa ha dirigido á todos los gobiernos europeos una protesta relativa á los Estados Romanos.

Segun parece, el ejército sardo estrecha por momentos el asedio de Peschiera, al paso que las tropas mandadas por el principe Napoleon, se dirigen á operar contra Mantua.

Garibaldi, que en estos momentos se ocupa en dificultar las comunicaciones de los austriacos con el Tirol, iba á ser apoyado, segun un parte telegráfico de Turin del 1.º, por una division piamontesa compuesta de unos 14,000 hombres. Esta empresa es tanto mas interesante á los aliados, cuanto que el Tirol es la via de comunicacion con las provincias hereditarias del Imperio, mas inmediata y natural para los austriacos. Asi, pues, el interceptar esta comunicacion seria mas ventajoso para los defensores de Italia, que otra victoria como la de Magenta ó Solferino.

M. M. FLAMANT.

## CRÓNICA ESPAÑOLA.

—Por real decreto del 26 de junio se ha autorizado al señor ministro de Marina para contratar la impresion y encuadernacion del *Almanaque Náutico* correspondiente á los años desde 1861 á 1870 inclusive, sin sujecion á las formalidades de subasta pública.

—Por real decreto publicado en la *Gaceta* del dia 27 de junio, se ha declarado cesante con el

haber que le corresponda, á D. Teodoro Ponte de la Hoz y Rodriguez, oficial de la clase de segundos del ministerio de Fomento. A consecuencia de esta cesantia han sido ascendidos varios oficiales de dicho ministerio.

—Se ha enviado el dia 25 á todos los gobernadores civiles una circular del ministerio de la Gobernacion, dando á conocer ciertas disposiciones para que se practiquen el alistamiento y sorteo para la reserva de milicias provinciales correspondientes al año actual.

—De real orden se ha declarado que los oficiales de Sanidad Militar que pasen á Ultramar, ocuparán en el escalafon general el lugar que les corresponda por su antigüedad.

—De real orden se ha autorizado á D. Juan Maria Villaverde para proceder á la desecacion de la Albufera de Alcudia, isla de Mallorca. Las obras se ejecutarán en el término de cuatro años con entera sujecion al proyecto presentado, cuyo presupuesto asciende á la cantidad de 16.923,219 reales vellon.

—Por una circular del ministerio de la Guerra se ha resuelto que el uso, distintivo y carácter de subteniente del ejército concedido en virtud de real despacho á los milicianos nacionales comprendidos en el art. 6.º del decreto de 12 de setiembre de 1823, lleva consigo únicamente el goce de fuero militar criminal, dejando en su consecuencia derogadas todas las anteriores disposiciones que no fuesen conformes con esta declaracion.

—Se acaba de erigir en Zaragoza la estatua de Pignatelli. La altura del monumento vendrá á ser de ocho á nueve metros, contando los tres que mide la estatua. El coste total de la obra asciende á 210,000 rs. vn.

—En Maestrazgo, Torreblanca, Cuevas, Tisig y Alcalá, hubo el dia 17 un fuerte pedrisco destruyendo en gran parte el vino, las aceitunas y las algarrobas.

—En la provincia de Valencia están ya ocupados los labradores en la recoleccion del trigo.

—La Direccion general de propiedades y derechos del Estado ha comunicado una real orden por la cual se previene á los señores gobernadores de las provincias, que una vez anunciada la subasta de una finca en los *Boletines Oficiales*, no pueden acordar la suspension de la venta sin que la queja ó reclamacion que la motive, venga apoyada en documentos ó pruebas legales.

—Algunos propietarios de la huerta de Orihuela se han dedicado con especial predileccion al cultivo del algodón. Segun se dice, la cosecha de este año presenta un aspecto inmejorable.

—El dia 22 se embarcaron en Cadiz los efectos destinados para la expedicion de Fernando Pó, la cual va á salir para su destino inmediatamente.

—Van á hacerse algunas obras de reparacion en el hospital de san Juan de Dios de Madrid, y especialmente en el claústro bajo y patio de la botica que se halla en muy mal estado.

—Es objeto de todas las conversaciones la carta en que el Sr. Mora, condenado por el Senado, ha ofrecido desde Londres publicar una memoria sobre los 130,000 cargos de piedra.

—Hé aquí la sentencia de la causa formada contra D. Antonio Rivera por el atentado cometido en la persona del diputado D. Domingo Verdugo.

«Se revoca el auto definitivo consultado de 14 de febrero último, y condenamos á D. Antonio Rivera en la pena de seis meses de arresto mayor, á la indemnizacion á D. Domingo Verdugo de los perjuicios que acredite de una manera legal haberse ocasionado, y al pago de todas las costas y gastos del juicio, debiendo sufrir en caso de insolvencia un dia de prision correccional por cada medio duro del importe de la indemnizacion y gastos del juicio, sin que pueda esceder de dos años.»

—En el mes de mayo ha aprehendido la Guardia Civil Veterana, 59 delincuentes, 28 ladrones, 38 detenidos por riña, 27 heridos, 58 por escándalo y 4 por embriaguez. La Guardia Civil ha aprehendido en el mismo mes, 633 delincuentes, 300 ladrones, 85 reos prófugos, 40 desertores, 926 por faltas leves y 14 por contrabando.

—En España, según datos estadísticos publicados por un periódico de la corte, hay 231,163 empleados en la administración del Estado, de los cuales 52,924 pertenecen á las clases pasivas, y 178,239 á las clases activas. Hay además 490 empleados en las diputaciones provinciales, y 10,440 en los ayuntamientos, que unidos á los de las clases activas al servicio del Estado, hacen un total de 229,169 empleados activos.

—El colegio naval de Cádiz va á ensancharse lo suficiente para recibir treinta aspirantes mas que los de costumbre, desde el próximo curso, con lo que se satisfará una necesidad de nuestra creciente marina.

—Se ha descubierto en la calle del Barquillo, una fábrica de moneda falsa. Se recogieron todos los útiles y una buena cantidad de monedas falsas que habian destinado á Portugal.

—Están próximos á llegar á la tesorería central tres millones de reales procedentes de la provincia de Jaen, excepto 500,000 rs. que se remiten de la de Granada. La mayor parte de la indicada suma pertenece á las redenciones del servicio militar en el último sorteo.

—El miércoles último de este mes celebró sesión pública la real Academia Española para dar posesion al Sr. D. Pedro Felipe Monlau de su plaza de académico de número, á cuyo discurso de entrada contestó el Sr. D. Juan Eugenio Arzenbusch.

JUAN DEL CORREO.

## REVISTA DE TEATROS.

El coliseo de la calle de Jovellanos, consecuente hasta su última hora en proporcionar á sus numerosos favorecedores nuevas y siempre variadas funciones, ha puesto en escena días antes de concluir la temporada el juguete lírico en un acto, titulado *El Zapatero*, que, aunque lleno de inverosimilitudes, tiene un diálogo fácil y animado, si bien en las últimas escenas decae notablemente. La música de este juguete, del Sr. Fernandez Caballero, es lindísima y muy espontánea.

En su ejecución hizo reír, como de costumbre, Caltañazor, sobre todo en un ária burlesca que cantó deliciosamente, y que le valió numerosos y espontáneos aplausos.

Ejecutóse en la misma noche la preciosa joya en un acto *El Grumete*, en la que se presentó por primera vez al público el Sr. Landa, habiendo obtenido muy buena acogida.

El teatro del Circo también ha concluido su temporada teatral, despidiéndose de sus apasionados con la comedia en tres actos del popular Breton, *El Cuarto de hora*, hecha á beneficio del Sr. Tamayo; en su desempeño se distinguieron los Sres. Romea y Arjona; el primero en el papel de Ortiz, y el segundo caracterizando admirablemente el papel del andaluz Marchena.

La última novedad que este teatro ha presentado en escena, ha sido el juguete cómico-lírico en un acto, titulado *El Zuavo*, y escrito por el Sr. Sobrado, actor de este mismo coliseo. La música de este juguete es del Sr. Oudrid. El público recibió con agrado esta composición, que no tiene otras pretensiones que las de hacer reír, y aplaudió algunos de sus chistes. A la conclusion fueron llamados á la escena los Sres. Sobrado y Oudrid.

El circo de Mr. Price continúa cada vez mas concurrido y animado, y la escogida concurrencia que acude todas las noches á su anchuroso y fresco local, sale en extremo complacida, tanto de las extraordinarias suertes de fuerza, agilidad y soltura con que los hermanos Mariani amenizan los intermedios, como de los difícilísimos trabajos de Frank Pastor, y de la no menos difícil y sorprendente destreza y sangre fría del árabe Mahomet. También son dignas de especial mención, entre las amazonas, la joven Matilde, y las señoritas Gaertner y Fanny Stanley.

En estos días estan llamando extraordinariamente la atención los hermanos *Mariani*, con el difícilísimo y extraordinario trabajo enteramente nuevo, y nunca visto en esta corte, de la *Esca-*

*lera aérea*. Es imposible llevar mas allá en la gimnasia la agilidad y la fuerza, y los hermanos Mariani, que en esta difícilísima suerte han acabado de conquistarse las simpatías de todo el público, recogen todas las noches gran cosecha de aplausos.

Volverémos á ocuparnos de estos célebres artistas, dignos de la fama de que gozan, en uno de nuestros próximos números.

NUMA.

## BIBLIOGRAFÍA ESPAÑOLA.

*El Pabellon español*, ó Diccionario histórico descriptivo de las batallas, sitios y acciones mas notables, que han dado ó á que han asistido las armas españolas, etc.; por D. Ignacio CALONGE y PEREZ, capellan párroco del Colegio de infantería, etc. Tres tomos, 4.º mayor. Madrid, 1855-1856.

Este trabajo delicado, fruto de una paciencia esmerada y de muchos años de penosas é incansables investigaciones, debe mirarse como una muestra del gran partido que resta aun por sacar de nuestros recuerdos y monumentos nacionales. La guerra, que el Sr. Calonge sabe presentar muy bien bajo sus puntos de vista, favorable y adverso, en la detenida introduccion de la obra, ha suministrado al concienzudo autor suficientes materiales para llevar á cabo una tarea literaria é histórica que colma un vacío inmenso en el catálogo de las producciones españolas. El repertorio alfabético de todos los hechos de armas en que han intervenido fuerzas españolas desde el tiempo de los cartagineses hasta nuestros días, así en la Península como en las diferentes naciones con que la España ha tenido guerra, compuesto de artículos latos siempre que el interés del asunto parece reclamarlo naturalmente, y juzgando los hechos de nuestra historia militar con imparcialidad, sana crítica y copia de testimonios, debe llamar la atención de los aficionados á la historia política, bajo dos conceptos: por ser una monografía especial de uno de los elementos mas importantes de la historia, y por hallarse reunidos en una sola obra materiales muy diversos, heterogéneos y difíciles de recoger y coordinar útilmente, y que hasta ahora por ningun otro autor habian sido recogidos, ni coordinados.

La obra está ilustrada con planos, vistas, cruces de distincion y otros objetos alusivos, figurando á su frente un retrato de nuestra reina, á quien se dirige la dedicatoria.

Entre los artículos de esta compilacion, citaremos el de las batallas antigua y moderna de la *Albuera*, el del sitio de *Algeciras*, el de la sorpresa de *Alhama*, el de los sitios de *Amberes*, el de la batalla de *Apros*, y los de *Arlaban*, *Badajoz*, *Bailen*, *Barcelona*, *Bilbao*, *Cádiz*, *Castellote*, *Clavijo* (batalla que el autor rechaza en un extenso artículo con fundadas razones y bien manejada erudicion), *Cuzco*, *Descarga*, *Espinosa de los Monteros*, *Fuenterrabia*, *Gaeta*, *Gerona*, *Gibraltar*, *Madrid*, *Lepanto*, y otros muchos que sentimos no poder examinar con algún detenimiento. El asunto de este trabajo, de conciencia é imparcialidad, y su delicado desempeño, le hacen recomendable para los jóvenes y estudiosos militares, y en general para todos los amantes de nuestras glorias patrias.

FRANCISCO DE BORJA GAYOSO.

## BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

*Dictionnaire de l'Académie de Beaux-Arts*.—Tome premier.—A Paris, chez Firmin Didot, 1858.

Solo el título de la obra, y sabiendo que el Instituto imperial de Francia, en la seccion de Bellas

Artes, es el autor de los trabajos que en ella se encierran, puede suponerse la importancia de la misma y su buen desempeño. En efecto, el Diccionario de la Academia de Bellas Artes cuenta entre sus colaboradores á los mas insignes académicos, y la primera parte del primer tomo que tenemos á la vista, indica lo que será la publicacion completa, digna de consulta y de estudio para todos los artistas, todos los literatos y personas cultas. Setenta y siete son los artículos comprendidos en esta primera parte, enriquecidos muchos de ellos con escelentes grabados en acero, abiertos por los mejores artistas. Son notables entre estos, los que representan el *abandono*, el *abatimiento*, la *abadia de Clairvaux*, la *abadia de Alcobaza*, la de *Monte-Casino*, la *ablucion* y la *abundancia*. El Diccionario de la Academia de Bellas Artes será en una palabra un repertorio utilísimo en donde acudirán los artistas para apoyar sus estudios ó mejorar sus concepciones.

J.

*Chimie de la Ferme*.—*Leçons familières sur les notions de chimie élémentaire utiles au cultivateur, et sur les opérations chimiques les plus nécessaires á la pratique agricole*, par N. BASSET.—Paris, librairie de Lacroix et Baudry.

Esta obra, dedicada al progreso y á la prosperidad de la agricultura, es sumamente recomendable á nuestros lectores. En ella se prueba la necesidad de la química para el hombre de cultivo, se analizan los terrenos, los métodos diversos, la composicion de las plantas, la nutricion de los animales, etc., etc. Trátase además con estension de los ácidos, del calor, de la luz, de la electricidad, de los miasmas, del aire, del agua. Una seccion del libro está dedicada á algunas industrias agrícolas, como las referentes á la de tiliacion, féculas, aceites, azúcares, panificacion y preparacion del vino y de la sidra. La obra termina con algunas observaciones complementarias, enriqueciéndola varias notas sobre la purificacion de las aguas, el análisis de las sales, de la tierra y cenizas de los vegetales, la potasa y sales alcalinas, y recetas de economía doméstica. Forma un tomo en 8.º de 388 páginas.

JANER.

*Oeuvres complètes de T. RIGAULT*. 4 vol. in-8º; L. Hachette.

Sabido es el interés general que se unió al nombre de Rigault, cuando un prematuro fallecimiento vino á herir á tan placentero como ingenioso crítico. Hallábase todavía M. Rigault, puede decirse, al principio de una vigorosa juventud; así habia fundamento para esperar de él obras de mérito, que su gusto y erudicion no podian menos de presagiar. Pero, si la muerte no le ha permitido enlazar su nombre al recuerdo de un gran monumento, por lo menos ha dejado un conjunto de producciones delicadas, que se han apresurado á coleccionar sus amigos; y que los pensadores acogerán de hecho con satisfaccion. Acompaña á esta publicacion una interesante noticia por M. Saint-Marc Girardin.

*Histoire de la Réformation française*, par P. PUAUX. T. 1er. Paris, 1859; Michel Lévy.

No encierra pretensiones de erudicion esta *Historia de la Reforma francesa*, si bien bajo muchos aspectos ofrece investigaciones muy nuevas y personales del autor. M. Puaux ha tendido principalmente á escribir un libro claro, preciso y curioso, que pudiera merecer el hacerse popular. ¿Y este objeto ha sido logrado? El libro de M. Puaux debe constar de varios volúmenes, y solo el primero es el que acaba de publicarse; sin que tratemos de emitir un juicio definitivo acerca de una obra que está en acto de darse á luz, dirémos tan solamente que este primer volumen corresponde á las intenciones del autor. Su diccion es animada, interesante y desprendi-



BATALLA DE MELEGNANO.

da, en lo posible, de las discusiones teológicas; advirtiéndose que el historiador, por adicto que sea á la causa de la reforma, se ha esforzado en mantenerse imparcial. Prosga su propósito M. Puaux; mas sea mas severo con su estilo, y no se deje llevar de las metáforas vulgares, porque las mejores intenciones y la facilidad del ingenio no bastan al que trata de crear una obra duradera, sobre que una forma sencilla y castiza se requiere mayormente en un historiador religioso.

*Sermons de M. F. COLANI.* Un vol. in-12. Strasbourg; Trentel et Würtz.

Estos sermones, predicados en Estrasburgo por un hombre eminente, han alcanzado un verdadero éxito. Hanse traducido ya á varios idiomas. En ellos se encuentra viveza, ardor oratorio, y el grado de autoridad inseparable siempre de la expresion de una conviccion sincera.

*Les Pères apostoliques et leur époque,* par l'abbé FREPPEL. Un vol. in-8°. A. Bray.

Contiene este volumen las lecciones de elocuencia sagrada pronunciadas en la Sorbona por Mr. Freppel, durante el último finado curso aca-

démico. El interés que se profesa en favor de los mas eminentes oradores y publicistas de la sociedad cristiana, es muy general, y á nadie deja de alcanzar el de la presente obra, bien sea que se acepten todas sus ideas, ó bien que se rechacen algunas. Pero dejando aparte el punto de vista dogmático, la literatura de los padres apostólicos de los tres primeros siglos de la Iglesia, menos conocida aun que los elocuentes escritos de siglos posteriores, encierra tal vez mas importancia y verdadera originalidad. Preciso es dar gracias á Mr. Freppel por haber introducido en estos estudios una claridad y erudicion, que muy á menudo faltan á los espíritus cegados por la intolerancia de sus creencias.

*Recits de la vie réelle,* par Claude VIGNON. Un vol. in-12; Magnin et Blanchard.

La del epigrafe es una obra de noticias, que se recomienda desde luego por el inteligente estudio que en ella se hace de la realidad, y que, á pesar de su titulo, evita con cuidado la reproduccion demasiado fácil de las situaciones vulgares de la vida. Los asuntos son sencillos y el autor, en medio de no haberlos abultado en demasia, ha sabido llevarlos á la altura de un cierto ideal, comunicándoles generalmente una fisonomia dra-

mática. Esta tendencia de suscitar situaciones de realce nos parece casi mas propia que la de intuicion de la vida comun, de las inclinaciones del escritor, juicio que pudiera probarse sin mas que presentar algunas de sus extravagancias en la forma. El autor de las *Escenas de la vida real* ha tratado, no obstante, con acierto los pormenores del sentimiento y de la pasion.

*Histoire du regne de Louis-Philippe Ier,* par M. V. de NOUVION. T. III. Un vol. in-8°, Didier.

El tercer volumen de esta interesante publicacion toma la historia de la monarquia de julio desde los acontecimientos de junio de 1832, y la prosigue hasta despues de las leyes de setiembre y las guerras de Africa en 1837. Sabemos que este espacio de cinco años abraza conocidamente las pruebas mas difíciles, porque ha tenido que pasar el gobierno parlamentario. Mr. de Nouvion nos presenta su narracion en términos mesurados, no exentos sin embargo de animacion y emociones. Preciso es tributar elogio al autor por haber vencido las dificultades de un trabajo, que exigia á la vez tanta exactitud é imparcialidad.

Por todo lo no firmado, *Cárlos Bailly-Bailliere,*  
—editor responsable y propietario.—

SUMARIO. *El Rey de las tinieblas,* por Gustave Aimard, pág. 449.—*El Angel malo,* por Juan de la Cruz Berrio, pág. 453.—*Curso familiar de literatura,* por Lamartine, pág. 456.—*Historia de la guerra de la independencia italiana,* pág. 458.—*Seccion científica,* pág. 461.—*Crónica extranjera,* pág. 461.—*Crónica española,* pág. 462.—*Revista de teatros,* pág. 463.—*Bibliografía española,* pág. 463.—*Bibliografía extranjera,* pág. 463.

**Advertencia importante.**—La Administracion de este SEMANARIO tiene tomadas todas las medidas para que la reparticion de los números en Madrid y su remision á las Provincias se haga con la mayor puntualidad; así es que toda reclamacion que no se haga en Madrid hasta el lunes siguiente á la reparticion del número, y en Provincias á los ocho dias de su publicacion, no será atendida, y el suscriptor abonará por cada número 4 cuartos en Madrid y 6 en Provincias.

**Otra.**—Siendo propiedad de la empresa las materias contenidas en LA LECTURA PARA TODOS, se prohíbe su reproduccion en todo ó en parte.

CHAMBERI DE MADRID: 1859.—Imp. de C. Bailly-Bailliere.